



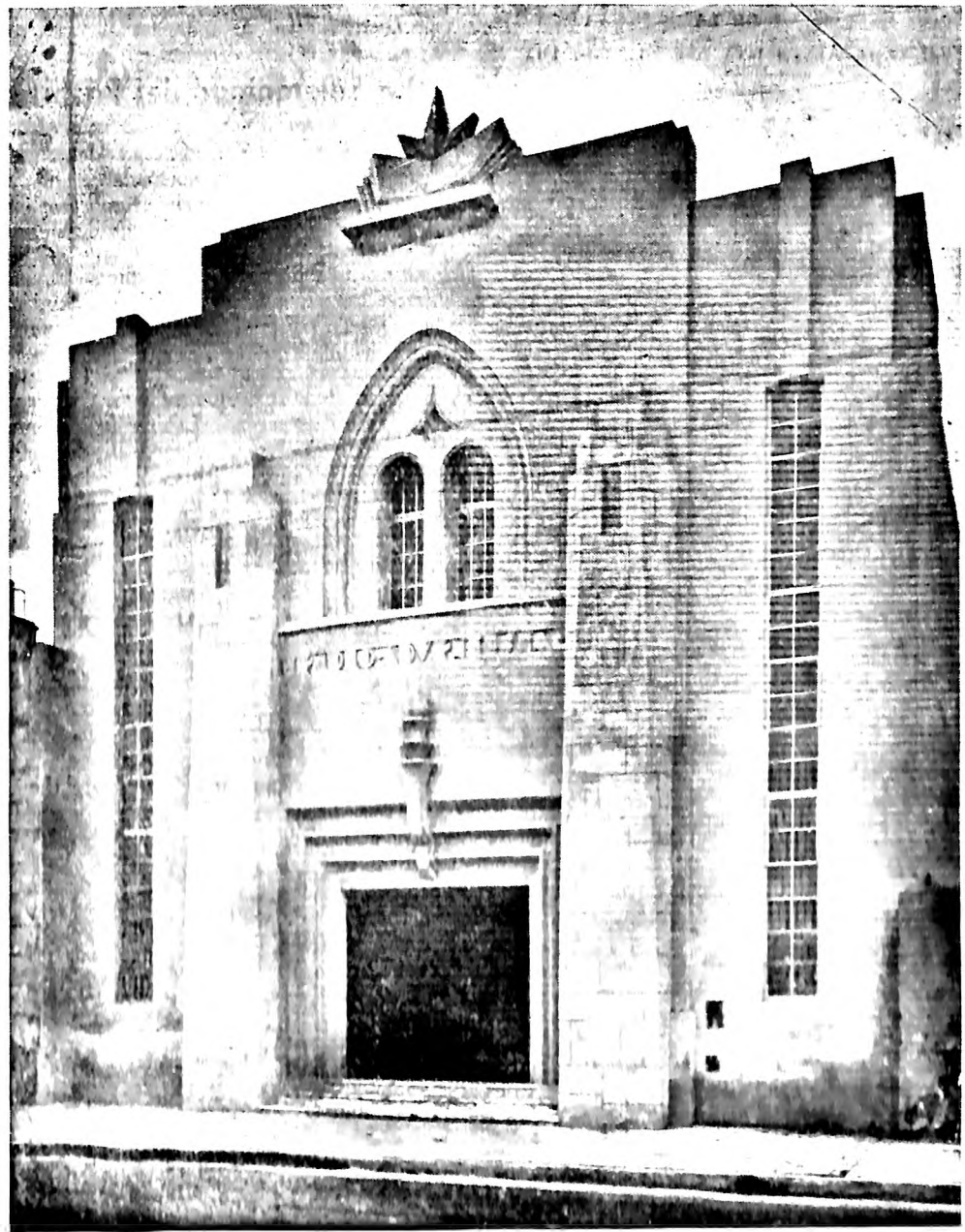
EL **M**INISTERIO ADVENTISTA



AÑO 2

NOVIEMBRE - DICIEMBRE DE 1954

NUM.





Organo publicado por la
**ASOCIACIÓN MINISTERIAL DE LAS DIVISIONES
 INTERAMERICANA Y SUDAMERICANA
 DE LA
 IGLESIA ADVENTISTA DEL SÉPTIMO DÍA**

Directores

WALTER E. MURRAY ENRIQUE J. WESTPHAL

Redactor asociado:

ARTURO H. ROTH

Secretaria de redacción: **MARGARITA DEAK**



AÑO 2

NUM. 12

CONTENIDO

DE CORAZON A CORAZON

<i>La Solemnidad del Pastorado</i>	2
<i>"Bástate mi Gracia"</i>	3

ILUSTRACIONES

<i>La Influencia de la Biblia</i>	3
<i>Viva Plenamente</i>	3
<i>El Poder de la Envidia</i>	3

ARTICULOS GENERALES

<i>"Como Perito Arquitecto"</i>	4
<i>Abordemos la Vida en Forma Integral</i> —VIII	7
<i>Jesús: Señor y Dios</i>	9
<i>La Cronología de Esdras 7—1</i>	11

EVANGELISMO

<i>La Música en el Esfuerzo Público Pe-</i> <i>queño</i>	14
---	----

EL EVANGELIO DE LA SALUD

<i>Los Efectos de la Oración Sobre el En-</i> <i>fermo</i>	15
---	----

OBRA PASTORAL

<i>La Conversión y el Bautismo de los Niños</i>	17
<i>Cómo Auxiliar a los Miembros Débiles</i>	19

F. de C. N° 262



La Solemnidad del Pastorado

UNA grave responsabilidad descansa sobre cualquier iglesia que celebra una reunión para ordenar al ministerio evangélico a uno de sus miembros. La iglesia debiera poner el mayor cuidado posible para que nadie comparezca ante un concilio sin que se hayan investigado plenamente sus méritos. Nunca ocupa la iglesia tan completamente el lugar de su Señor como cuando elige a uno de sus miembros para ser ordenado. En verdad, no debería efectuarse ninguna ordenación hasta que el consenso general manifieste que la mano del Señor se revela en la vida que de este modo ha sido separada para el ministerio. Pocos candidatos alcanzan jamás la elevada norma de Jorge Matheson. Cuando se lo ordenó al ministerio evangélico el 8 de abril de 1868, por el presbiterio de Dunoon, para asumir el pastorado de Innellan, en Escocia, dió un discurso, parte del cual reproducimos aquí como ejemplo:

"El predicador de nuestros días debe ser un hombre no solamente de cultura universal, sino, en cierta medida, de naturaleza universal también. En él debiera manifestarse algo de la vida de todos los hombres. Debiera encontrarse la profundidad de pensamiento del filósofo, con la sencillez de expresión del niño; la mente inquisidora del hombre maduro, con la fe pensativa de los años declinantes; la fortaleza especulativa de la juventud, con un sentimiento santificado, y humilde de debilidad.

Nuestra Portada

Tenemos el placer de presentar a los lectores de EL MINISTERIO ADVENTISTA el templo de la Iglesia de Rosario, Provincia de Santa Fe, Argentina. Tiene unos 150 miembros, y la dirige con mucho acierto el pastor Jorge Sittner.

Debiera encontrar argumentos para el que duda y confirmación para el que marcha firme en la fe; ánimo para los temerosos y aprobación para los vacilantes; bondad para los errantes y simpatía para los fuertes, y una caridad ilimitada e inmortal por todos. Quien ingresa en la iglesia se convierte en el alumno del colegio más noble; no el colegio donde meramente se estudian las ciencias, sino la universidad de las almas. Seleccionará sus libros no solamente de las letras muertas de la página impresa, sino de las epístolas indeleblemente vivientes constituídas por miríadas de corazones humanos. Caballeros, en vosotros veo el tema de mi futuro estudio. Alguien dijo en lo pasado que el pastor es el maestro de la gente; creo que en todo lo que vale la pena conocer, la gente es el maestro del pastor.”—*The Watchman-Examiner*.

“Bástate mi Gracia”

EL HOMBRE es como el pececillo que se sintiera preocupado porque en el riacho semiseco donde vive no hay agua suficiente, y el padre Támesis le dijera: “Bebe, pececillo, mi corriente es suficiente para ti.”

O como la lauchita que en los graneros de Egipto después de los siete años de abundancia temiera que va a morir de hambre, y José le dijera: “Anímate, lauchita, mis graneros son suficientes para ti.”

O como el hombre que al ascender la montaña se dice a sí mismo: “Temo que voy a consumir todo el oxígeno de la atmósfera.” Pero en el mismo instante la tierra le dice: “¡Respira, oh hombre, y llena tus pulmones; mi atmósfera es suficiente para ti.”—*Carlos H. Spurgeon*.

ILUSTRACIONES

La Influencia de la Biblia

ROBERTO MOFFATT, el gran misionero del Africa, relató cierta vez que se había encontrado con un africano que parecía muy abatido. Le preguntó qué pasaba o si alguien había muerto.

—Nadie ha muerto—contestó el hombre,—pero mi hijo me comunicó que el perro se ha comido una hoja de mi Biblia.

—Bien—dijo Moffatt,—no es tan grave eso. Con mucho gusto te daré una hoja nueva para que la reemplaces.

—¡Oh!—exclamó el hombre,—no estoy preocupado por la Biblia sino por el perro. Nunca más morderá a nadie ni luchará contra los

chacales. Se pondrá tan manso como la gente que cree en ese libro. Todos nuestros guerreros se ponen tan suaves y bondadosos como mujeres bajo la influencia de ese libro y ahora creo que mi perro está arruinado.—*Canadian Baptist*.

Viva Plenamente

NADIE completa realmente jamás el circuito de las realizaciones de su vida, hasta que aquel Hombre que es “el camino, la verdad y la vida,” llega a ser su estrella fija, su Cruz del Sur o su Estrella Polar, gracias a la cual se orienta al navegar por el mar de la existencia, el principio que le marca el derrotero y que lo mantiene en él. Sólo cuando las verdades encarnadas en Jesús se convierten en los preceptos que informan su vida, está Vd. seguro de que en verdad está viviendo plenamente.—*Fred Pierce Corson*.

El Poder de la Envidia

OSCAR WILDE relata la siguiente historia: El diablo cruzaba cierta vez el desierto de Libia cuando se encontró con un grupo de gente ocupada en atormentar a un ermitaño. Este se mantenía inmovible en medio de sus dolores y sufrimientos.

Por fin, después de verificar el fracaso de esas personas, el diablo dijo: “Lo que Vds. están haciendo es muy burdo. Permítanme probar un momento, a ver si lo puedo hacer peor.”

Y murmuró estas palabras a oídos del hombre: “Tu hermano ha sido nombrado obispo de Alejandría.”

Un gesto de envidia maligna nubló inmediatamente el rostro hasta entonces sereno del ermitaño.

“Este es uno de los medios más eficaces de tentar a los ministros de Dios—dijo el diablo.—Se lo recomiendo.”—*Pastor's Wife*.

El Egoísmo es Muerte

“EL EGOÍSMO es muerte. Ningún órgano del cuerpo podría vivir si limitase su servicio a sí mismo. Somos miembros unos de otros, y el alma que se niega a impartir, perecerá. . . . La abnegación, la simpatía, el amor, manifestados en la vida de Cristo, han de volver a aparecer en la vida del que trabaja para Dios.”—*“El Descado de Todas las Gentes,”* pág. 368.

ARTICULOS GENERALES

"Como Perito Arquitecto"

Por Walter E. Murray

"CONFORME a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento." (1 Cor. 3:10.) En este tercer capítulo de la primera epístola a los corintios, el apóstol emplea una expresión enérgica relativa al verdadero carácter del obrero cristiano. Esta es una de las descripciones más impresionantes que se nos dan en las Escrituras con relación al abarcante contenido de la obra de los siervos de Dios. El apóstol no solamente plantea los más profundos principios que deben gobernar su conducta y actividad, sino que refuerza su enseñanza con todo el poder contenido en su ejemplo personal. Una cosa es conocer los principios relativos a la obra, y reconocer su valor, y otra completamente distinta revelarlos plenamente en la obra individual.

Este versículo es un verdadero mapa en relieve de los deberes y privilegios de los obreros cristianos. Vemos principios concernientes a zonas de nuestra experiencia en las cuales hemos tenido muy poca práctica. Nos saltan a la vista como las montañas y los ríos de un mapa en relieve. El apóstol nos hace una descripción maestra que impresiona como pocas cosas en la vida.

Los edificios del mundo revelan el carácter del hombre que los hizo. Las estructuras humanas nos revelan los pensamientos y motivos de la humanidad. La arquitectura es una actividad humana significativa; hay pocos seres humanos que no hayan deseado ser arquitectos o constructores. El apóstol, con su acostumbrada pericia, aprovecha la oportunidad de dar al pastor una figura de lenguaje de carácter permanente que le ayudará a perfeccionar su ministerio.

Las grandes obras de ingeniería reclaman el respeto y la admiración de todos nosotros. Los grandes constructores de la historia humana han suscitado la admiración de la raza. Sin duda en los días de los apóstoles debe haber habido edificios fuertes y estables que contrastaban con edificaciones ruinosas y a punto de caerse. La impresión que causaron en la mente del apóstol los edificios de su tiempo, el hecho de aquilatar la relación entre el arquitecto y la construcción, pusieron de relieve en su mente y corazón principios que podían ser aplicados a la obra del predicador. Vió edi-

ficios destinados a soportar los vientos y las inclemencias de los siglos, y pensó que la obra del obrero cristiano debe no sólo resistir para el tiempo sino para la eternidad.

Veamos algunas de las lecciones que nos enseña la referencia que el apóstol hace de sí mismo como "perito arquitecto." Nótese que la expresión "perito arquitecto" ha sido elegida como la frase clave del versículo. Algunos arquitectos no son "peritos" de modo que él no podía conformarse con la palabra "arquitecto" solamente. Algunos "peritos" no son arquitectos. Por eso eligió la maravillosa expresión "perito arquitecto."

EL PERITO ARQUITECTO ES CONSCIENTE DE SU RESPONSABILIDAD INDIVIDUAL

El apóstol establece este principio en muy pocas palabras: "Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento." Nótese los pronombres "me" y "yo" que están en esta frase. No se puede acusar al apóstol diciendo que su declaración revela una indebida confianza en su fuerza, porque atribuye la gloria de la obra acabada al hecho de que trabajó dirigido por la gracia de Dios. En este tipo de trabajo, la gracia ocupa el primer lugar, y el "yo," el segundo.

Es interesante notar que cuando Pablo fué llamado en el camino a Damasco, la voz pronunció dos veces su nombre: "Saulo, Saulo." Creemos que esta repetición de su nombre resonó en los oídos de Pablo durante todo su ministerio. Se lo había llamado por nombre, no una, sino dos veces. Llamamos a la gente repitiendo su nombre para señalarle su responsabilidad individual. Tenía una responsabilidad individual, que nadie podía asumir por él plenamente. Leamos las epístolas del gran apóstol y descubriremos cuán convencido estaba de su responsabilidad personal. En una de ellas dice: "Reputo todas las cosas pérdida . . ." (Fil. 3:8.) Después, dos versículos más adelante, escribe: "A fin de conocerle . . ." En Filipenses 3:14: "Prosigo al blanco . . ." y "yo Pablo soy hecho ministro," en Colosenses 1:24. Y después, cuando explica en Efesios 3 la gloria del propósito de Dios para su tiempo, escribe: "Del cual yo soy he-

cho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dada . . ." (Vers. 7.)

Nos aventuramos a declarar que muchos corazones y mentes dependen demasiado de una organización o institución para hacer la obra que solamente puede ser hecha por los esfuerzos individuales y la gracia de Jesucristo. A fin de llegar a ser un perito arquitecto, el obrero debe dejar de apoyarse en los demás y estribar sólo en el Dios de nuestra salvación. Todos recibimos una ayuda maravillosa del auxilio y cooperación de los demás, y debemos auxiliar a los demás y cooperar con ellos. Pero hay algunas situaciones vitales en que debemos obrar solos. Dios llama a sus siervos para que estudien la Biblia solos, con la compañía del Espíritu Santo. Debemos implorar solos ante Dios en oración y súplica. Se nos insta hoy para que salgamos a conquistar el mundo para Cristo y tenemos una responsabilidad individual que nadie puede asumir por nosotros.

A Daniel se lo echó solo en el foso de los leones. José, apenas un muchachito, fué llevado solo a Egipto. Juan el Bautista sufrió solo en la prisión de Herodes. Jesús pasó solo por el Getsemaní. Aferrémonos de la gracia del Señor Jesús y aprendamos a trabajar solos en armonía con la gracia que se nos ha dado.

**PABLO, COMO PERITO ARQUITECTO,
COMPRENDIO QUE SOLAMENTE SE LE
HABIA ENCARGADO UNA PARTE DE LA
OBRA DE DIOS**

Nunca pretendió el apóstol hacer toda la obra de Dios. Dijo que había puesto el fundamento. Esa era la parte que le correspondía en su época. Más adelante reconoció que otros vendrían después de él y pondrían la superestructura del edificio. En su predicación, el apóstol se limitó a las doctrinas que constituían la verdad presente para su tiempo. Isaías, el profeta, dedicó mucho tiempo a predicar la doctrina del Dios único y viviente en contraposición a los muchos falsos dioses de su época. Pero el mensaje de Pablo era otro. Comprendió la obra que se le había señalado cuando declaró: "Porque no me propuse saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a éste crucificado." Consagró su vida a llevar a cabo la parte del plan de Dios para su tiempo.

Todos los grandes obreros comprenden sus limitaciones. La comprensión de este hecho resulta evidente por el espíritu diligente e industrioso que manifiestan en la realización de la obra que tienen entre manos. Comprenden que sólo una parte de la obra les pertenece, y tratan de hacerla bien, como peritos arquitectos. Un Livingstone realizará sus ideales de explorador de un continente, como parte de su obra evangélica. Un Carey pondrá sus ojos en la India. Un Henry Martyn dirá que su obra consiste en "arder para Dios." Un

predicador adventista reconocerá que su obra especial consiste en predicar el Evangelio del Señor que pronto vendrá de nuevo a la tierra, no en el futuro, no a cincuenta años de distancia, ¡sino ahora! Un Moisés dará su ley en medio de los truenos del Sinaí, y un Noé construirá su arca como una parte de la gran trama del plan de Dios.

Reconocer la parte que Dios nos ha dado en su obra, y después dedicarnos a hacerla como peritos arquitectos, equivale a entrar en una vida de influencia y poder crecientes. No es nuestra parte definir las grandes verdades fundamentales de la iglesia; esa obra la realizaron los que nos antecedieron. Nuestra obra consiste en predicar las grandes doctrinas, en vivirlas, defenderlas y explicarlas en forma persuasiva al mundo incrédulo. Esto es ser un perito arquitecto. Los que lo hagan contribuirán a que el reino de Dios crezca y prospere en la tierra. Oro a Dios para que el ministerio adventista reconozca inconfundiblemente la elevada importancia de hacer su parte en el plan de Dios para este tiempo, y ahora mismo.

**EL PERITO ARQUITECTO RECONOCE LA
IMPORTANCIA DE QUE EL MISMO SEA
UN OBRERO DILIGENTE**

He observado que los arquitectos constructores de primera clase son ellos mismos obreros diligentes. Muchas veces he observado cuánto se preocupa un arquitecto por el edificio que está construyendo. Cada día se presenta en la obra para consultar los planos, observar los detalles, conversar con sus ayudantes, arreglar los materiales, corregir los defectos. Los arquitectos son trabajadores. Alguien ha dicho muy acertadamente: "No hay substituto para el trabajo." "*Labor omnia vincit*" es un axioma en nuestro mundo.

En el versículo que estamos comentando se nos presenta Pablo como el constructor, como el arquitecto obrero. No podemos leer sus escritos sin convencernos de su actividad personal. Estamos convencidos también de que trabajaba con su mente y corazón, y con cada fibra de su ser. Ponía todo su ser en la obra del ministerio evangélico. "Empero yo de muy buena gana despondere y seré despendido por vuestras almas . . ." Ese es el espíritu de su obra.

En el segundo capítulo de la primera epístola a los tesalonicenses se nos da probablemente una de las descripciones más notables del apóstol Pablo mientras trabajaba. En Tesalónica trabajó después de haber sido "afrentado" en Filipos, cuando muchísimos hubieran considerado eso más que suficiente para no trabajar o dejarse estar. El y sus compañeros trabajaron con toda ternura, o para emplear sus propias palabras, "como la que cría, que regala a sus hijos." ¡Qué impresión ma-

ravillosa y duradera debe haber hecho en los conversos de Tesalónica la manifestación del gran espíritu de ternura del apóstol!

La obra de Pablo no se reducía a un horario de ocho horas diarias, sino que sus esfuerzos proseguían "día y noche." La labor efectiva del apóstol y sus ayudantes produjo sus frutos, porque leemos: "Habiendo recibido la palabra de Dios que oísteis de nosotros, recibisteis no palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios." La diligencia en el ministerio bendito por la gracia de Jesucristo producirá en nuestros días los mismos resultados que en los de Pablo. Nada perjudicará más rápidamente la influencia del pastor que el hecho de que la gente se dé a la idea de que no es diligente y que es infiel en su trabajo diario. Todos tenemos que cuidarnos de no trabajar demasiado. Por otra parte nuestro cometido requiere que dediquemos todo nuestro tiempo y trabajemos intensamente mientras tenemos trabajo por delante. Un perito arquitecto es un obrero fiel y cabal.

EL PERITO ARQUITECTO COMPRENDE SU RELACION CON LOS QUE LE HAN PRECEDIDO, CON LOS QUE LE SUCEDERAN, Y CON SUS COMPAÑEROS DE LABOR

El principio de la cooperación se presenta en nuestro versículo con las siguientes palabras: "Coadjutores somos." El apóstol declara que ha puesto el fundamento y en el mismo versículo reconoce que otros han construido la superestructura sobre ese fundamento. El apóstol estaba asociado con algunos pastores colegas suyos y también con laicos en la obra en favor de la gente de su tiempo. En el último capítulo de la epístola a los Romanos nos presenta una larga lista de colaboradores. Al comienzo de casi todas las epístolas envía saludos de los que estaban trabajando con él. Cuando Pablo dió instrucciones a Timoteo acerca del ministerio, le dió una cantidad de sugerencias en cuanto a su relación con los demás. Por ejemplo, le explicó específicamente cómo tratar a los ancianos.

El pastor que respeta los sentimientos del prójimo, como asimismo a sus compañeros de labor, está bien encaminado en el sendero del éxito. Los que edifican congregaciones enseñándoles a mirar a Jesús en lugar de concentrar su atención en cualquier pastor, están haciendo una obra firme. Los conversos deberían ser instruidos no de acuerdo con las ideas peculiares de algún hombre, sino que deberían tener una comprensión amplia de los principios del reino. La triste verdad es que en algunos casos, muy pocos por supuesto, y sin ánimo de hacer mal, se ha enseñado a algunos conversos de acuerdo con las ideas peculiares de alguien, y como resultado la experiencia de los conversos se ha malogrado y ha sido unilateral. Esto no es edificar como perito arquitecto.

Como peritos arquitectos edifiquemos a los conversos de manera que no sólo tengan confianza en nosotros como pastores, sino que respeten en general a los ministros de la iglesia. Trabajemos de tal modo que en cualquier momento que se llame a otro pastor para proseguir la obra que hemos estado llevando a cabo, se produzca un mínimo de interrupción en el cambio. Podemos facilitarles la tarea a nuestros sucesores o dificultársela. Podemos edificar a los conversos manifestando respeto por los hombres que nos han precedido.

No necesitamos despedazar el carácter de los que pasaron antes que nosotros, aunque no seamos capaces de obrar ahora como ellos lo hicieron antes. Grandes resultados nos aguardan si como pastores tenemos un respeto profundo y sagrado por nuestros colegas, los que nos han precedido, los que nos han sucedido y hacia aquellos que íntima o remotamente están relacionados con nosotros. Cuando nuestro corazón se una al de nuestros compañeros de trabajo, no importa que sus métodos nos gusten o no, sentiremos un poder, una paz y una confianza en Dios crecientes, que se manifestarán en toda nuestra experiencia.

"EN TODAS las cosas que tienden al sostén del hombre, se nota la concurrencia del esfuerzo divino y del humano. No puede haber cosecha a menos que la mano humana haga su parte en la siembra de la semilla. Pero sin los agentes que Dios provee al dar el sol y la lluvia, el rocío y las nubes, no habría crecimiento. Tal ocurre en la prosecución de todo negocio, en todo ramo de estudio y en toda ciencia. Y así ocurre también en las cosas espirituales, en la formación del carácter, y en todo ramo de la obra cristiana. Tenemos una parte que cumplir, pero debemos tener el poder de la Divinidad para unirlo con el nuestro, o nuestros esfuerzos serán vanos.

"Cuando quiera que el hombre alcanza algo, sea en lo espiritual o en lo temporal, debe recordar que lo hace por medio de la cooperación con su Hacedor. Necesitamos grandemente comprender nuestra dependencia de Dios. Se confía demasiado en los hombres, y en las invenciones humanas. Hay muy poca confianza en el poder que Dios está listo para dar. 'Coadjutores somos de Dios.' Inmensamente inferior es la parte que lleva a cabo el agente humano; pero si está unido con la divinidad de Cristo, puede hacer todas las cosas por medio de la fuerza que él imparte.

"Necesitamos tener una confianza mucho menor en lo que el hombre puede hacer, y una confianza mucho mayor en lo que Dios puede hacer por cada alma que cree."—*Leciones Prácticas del Gran Maestro*, págs. 76, 133.

Abordemos la Vida en Forma Integral—VIII

Por Arturo L. Bietz

CONSERVEMOS UNA CONCIENCIA TRANQUILA

CAPITULO 7

LA CAUSA más común de la nerviosidad por justificar una mala conducta o incorrectos anhelos interiores. Diversos males que comúnmente se achacan al sistema nervioso, en realidad tienen su origen en un íntimo sentimiento de culpabilidad y, por consiguiente, de ansiedad. Una conciencia culpable puede privar a un hombre de toda paz y quietud a la vez que lo agujonea y molesta día y noche. Se presentará en los momentos más inoportunos para perturbarlo en ocasiones de alegría dejando a su víctima indefensa y temerosa. Encierran mucha verdad las palabras de Matthew Arnold en "Tristán e Isolda:"

Hay un secreto en su pecho,
Que nunca le permitirá descansar.

La mente colmada de culpabilidad está llena de escorpiones; de un hecho culpable pueden surgir mil pensamientos obsesionantes. Un hombre puede soportar mejor todas las durezas del mundo que sufrir una dolorosa sensación interior de culpabilidad. Así como la herrumbre carcome el hierro y lo destruye, el sentimiento de culpabilidad corroe el corazón hasta destruirlo. Nuestros pecados no confesados nos persiguen como fantasmas en cada encrucijada del camino. La conciencia es un centinela siempre alerta, siempre listo para herir; se parece a un perro guardián interior, un vigilante, un fiscal, un jurado, un juez; y hasta actúa como ejecutor.

Algunos, mientras disfrutan de buena salud, parecen desenvolverse bastante bien para mantener acallada la voz de su conciencia; llega, empero, la enfermedad, y la conciencia que había sido mantenida en sujeción comienza a torturarlo sin misericordia. Fui llamado recientemente junto al lecho de un anciano a punto de morir. Me había hecho decir que necesitaba verme en seguida. Una vez a su lado, me contó una larga historia de pecados que había cometido en su juventud, pero que jamás había confesado. Necesitaba revelar lo que había mantenido oculto durante casi toda su vida. La confesión le proporcionó un alivio que hubiera podido experimentar cincuenta años antes.

El que comete pecado, está en pugna con Dios, con el universo y consigo mismo. Pone sobre sus hombros una carga pesada y deprimen-

te. A menudo no se comprende que la mayor culpabilidad no proviene de las acciones externas, sino de los sentimientos interiores y de los deseos contrarios a los ideales que sustentamos. Al chocar los ideales del hombre con sus deseos, experimenta un desequilibrio emocional; no puede guardar su pose y carecer del valor que brota de un corazón limpio y de una intención recta. La conciencia perturbada es una de las fuentes más prolíficas de los complejos de inferioridad y de indignidad interior.

Por supuesto, si se erige una muralla entre los ideales y la conducta, de manera que ambos se mantengan separados, no es probable que surjan sentimientos de culpabilidad. Es posible mantener una alta norma de moral para otros y sentir indignación justa contra quienes la violen, y al mismo tiempo no aplicar dicho código a nosotros mismos.

Si los preceptos morales de uno mismo se modifican o se disculpan de tal suerte que ya no molesten más, entonces pueden cometerse actos abominables sin sentir disminuída la propia estima.

El vicio es un monstruo de tan terrible aspecto

Que para odiarlo tan sólo es necesario verlo;
Empero, si se lo mira con mucha frecuencia,
familiarizándonos con su rostro,

Primero lo soportamos, luego lo compadecemos, después lo abrazamos.

El hombre común, sin embargo, tiene sensibilidades morales que se indignan cuando su conducta está en pugna con ellas. Le es imposible sentir respeto propio si su conciencia ha sido ofendida.

Aliada a la culpa que surge por causa de un deseo hondamente sepultado de cometer acciones contrarias a los sentimientos de uno mismo, está la discrepancia entre el cuadro ideal que se ha propuesto y sus hechos reales. En tales casos existe preocupación por una deficiencia personal y un sentimiento de culpa porque lo que uno desea no lo puede alcanzar. El espacio que se abre entre lo que uno desea ser y lo que es en realidad, genera sentimientos de culpabilidad.

Las personas con un sentimiento de culpabilidad se sentirán a menudo aliviadas si tienen alguna adversidad, como perder una fortuna o

sufrir un accidente. La observación de esta reacción, y también el hecho de que algunas veces una persona culpable favorece circunstancias adversas que le ayudarán a salvar su conciencia, nos induce a creer que se siente acusada tan vigorosamente que siente necesidad del castigo a fin de conseguir alivio. Algunos pueden intentar confesar crímenes que jamás cometieron, en la esperanza de ser castigados y aliviar así un fuerte sentido de condenación personal. Así como un niño halla alivio, pues si es castigado por su mal proceder se siente relevado del sentimiento de culpa, el adulto busca circunstancias adversas que lo relevan de su culpa. Las circunstancias afortunadas hacen que el culpable se sienta aun más miserable, ya que él sabe que no puede disfrutar con justicia de ellas.

Cuando hablamos de la conciencia, debemos distinguir entre la que es sana y la que no lo es. Aquella insiste en que hagamos lo que sabemos correcto, pero ésta no lo sabe automáticamente. Una conciencia no educada puede ser algo peligroso. En cuanto a su forma, una conciencia puede ser considerada perfecta; pero por su contenido puede estar en constante necesidad de educación y dirección. Uno puede tener una conciencia infantil o madura, lo que dependerá de su contenido. Aprobar sin discriminación una conducta concienzuda puede ser muy peligroso. Muchos se afligen hasta desintegrarse totalmente, sobre asuntos que no tienen importancia moral alguna, y otros tienen una conciencia tan obtusa que se permiten cualquier cosa. La conciencia puede ser artera; puede desplazarse desde la excesiva sensibilidad hasta la dureza y la resistencia. Una conciencia madura puede inducir a un hombre a la santidad, pero una conciencia encallecida, mal formada, puede conducir al engaño y a la enfermedad mental. La Escritura nos insta a estudiar de tal suerte que la conciencia pueda estar bajo la dirección de la verdad y de la justicia.

Algunos de los mayores crímenes de la historia fueron cometidos por hombres concienzudos. La Inquisición es un ejemplo de esto. Jesús declaró que existirían quienes matarían pensando hacer un servicio a Dios. Personas concienzudas, en el pasado, sacrificaron a sus propios hijos, creyendo que con ello agradaban a Dios. Los más crueles son los hombres concienzudamente crueles. La historia testifica las atrocidades que cometieron. No es suficiente ser concienzudo; los hombres deben procurar poner sus conciencias en armonía con la verdad, tal como se halla revelada en el carácter de Dios.

Un ejemplo de conciencia no iluminada que provoca irregularidades físicas, lo hallamos en el caso de Tessa, niña italiana, que se sintió deprimida y manifestó una contracción nerviosa peculiar. Cada pocos minutos se mordía el labio inferior; al poco tiempo éste, extendiéndose

hacia adelante casi un centímetro, tomó un aspecto rojo repulsivo. Su madre explicó que su hija Tessa había comenzado a conducirse peculiarmente desde cierta ocasión en que se le había permitido asistir a una reunión social a cuya concurrencia ella se había opuesto. Después de mucha insistencia la madre había dado su consentimiento, a condición de que Tessa se condujera como una buena niña. Lo ocurrido a Tessa, confesado con lágrimas, fué que uno de los jóvenes la besó sonoramente, y para peor, a ella le gustó. A nadie le habló de lo ocurrido. No se atrevía a decírselo a su madre, temerosa de que la echara a la calle. De ahí su sentimiento de culpabilidad, agravado por una madre severa y cruel, lo cual, añadido a una nueva experiencia, motivó esa reacción física. Se habló del asunto con Tessa en presencia de la madre y un consejero bondadoso, y la contracción nerviosa desapareció. Cierta médico comprobó que de cien casos de artritis y colitis, el 68 por ciento se debían a un sentimiento oculto de culpabilidad. El pecado reside primariamente en la mente, pero secundariamente en cada nervio, célula y fibra del ser y en cada rincón del cerebro.

El que una persona enferme físicamente por sentimientos de culpabilidad, depende en gran medida del grado de culpabilidad y de su sensibilidad. Unos buscan sufrir el castigo con un dolor de estómago y una operación, mientras otros robarán en una tienda para luego hacerse apresar. A veces la culpabilidad conduce a disturbios emocionales y a la manifestación de una hostilidad extrema. La reacción específica depende de la personalidad básica individual.

Una conciencia atribulada y un sentimiento de culpabilidad siempre revelan una mente perturbada. Una persona tal se queja sintiéndose deprimida—y lo demuestra—pues hasta su porte y su manera de caminar sugieren depresión. El insomnio es un síntoma frecuente de conciencia culpable y muchos de los que toman píldoras somníferas deberían arrodillarse ante Dios para confesar sus pecados. Una persona en guerra consigo misma jamás podrá ser feliz, porque la felicidad entraña la acción conjunta de todas las funciones de la vida humana. Una conciencia tranquila revela una feliz integración de la personalidad y una ordenada higiene mental con resortes eficaces para afrontar los problemas de la vida. Sea que la culpabilidad deje o no marcas físicas, siempre está destinada a socavar el vigor del esfuerzo mental al tener que prestar atención a un reclamo rival, cuando el trabajo debería recibir toda la atención. Dificultades en la conducta y notas bajas en las clases, andan generalmente de la mano. Es un círculo vicioso: un sentimiento de fracaso, acrecienta el sentimiento de culpabilidad y éste a su vez, engendra más fracasos. La conciencia de que uno ha fracasado en su relación con los

seres humanos o con Dios, crea tal impotencia que cercena las mismas raíces de las facultades motrices y deja a la víctima en condición lastimera.

La culpabilidad produce también un sentimiento de separación y de soledad que se refleja tanto social como religiosamente. El que ha cometido un error comienza por sospechar que otros lo saben también y se vuelve exclusivista y misterioso. Piensa que sus amigos no confían más en él, porque él no confía en sí mismo. Antes de arriesgarse a que se le enrostre su ofensa, cercena sus contactos sociales y, justamente cuando más la necesita, huye de la ayuda que podrían prestarle sus amigos.

El sentimiento de culpabilidad en una persona religiosa empuja su deseo de acercarse a Dios; corroe las raíces de la oración y le deja un sentimiento de soledad. Hay un círculo vicioso que intensifica su miseria. La persona culpable, sintiéndose separada de Dios por su propia indignidad, está menos capacitada para encontrar la respuesta de Dios que lo libraría de la opresión. Si reunimos en un haz todas las consecuencias de la culpabilidad: ansiedad, enfermedad física, remordimiento, disminución de incentivos para un esfuerzo constructivo, separación de toda compañía humana y divina, entonces, como único resultado, obtendremos disturbios mentales, emocionales, espirituales y físicos de tal magnitud que una persona así o recibe ayuda o perece.

Ningún ser humano puede sentirse satisfecho si reina desasosiego en su corazón. La naturaleza misma de la vida exige alivio. Si una sustancia extraña e indigesta penetrara en el estómago, éste puede resistirse y vomitarla. Si una partícula extraña penetrara en el ojo, éste exigirá con lágrimas y dolor que se la elimine. Lo mismo ocurre con la conciencia, pide que se confiesen los pecados. Es más grave encubrir nuestros pecados que encubrir una enfermedad física. Un pecado secreto se convertirá en una tentación para pecar más, o por el remordimiento, desbaratará nuestros esfuerzos morales, y nos inducirá a exclamar: "¡No vale la pena!"

Mi lengua hablará de la ira de mi corazón;
De otra manera, al ocultarlo se quebrantaría
mi corazón;

Y antes de que tal cosa ocurra, aún a costa
de lo extremo.

Me libentaré, según lo deseo, con palabras.
—Shakespeare.

Bien sabemos que hay extrema escrupulosidad en algunos que sufren de culpabilidad imaginaria cuando están bajo una tensión nerviosa o se sienten deprimidos. Hay tanto peligro en este extremo como en el verdadero sentimiento de culpabilidad, si mutila y menoscaba la capacidad y la influencia de un obrero cristiano.

En un análisis final, la causa central de la zozobra emocional y mental que nos aflige, reside en la tendencia a ocultar a Dios lo que no puede ser ocultado a uno mismo.

Jesús: Dios y Salvador

Por R. E. Loasby

(Profesor de Idiomas Bíblicos del Seminario Teológico Adventista)

LOS estudiosos de la Biblia que han profundizado en la historia social y religiosa de la época del Nuevo Testamento, conocen lo referente al culto del emperador que tuvo tan tremendo auge en aquel entonces. Numerosas conchas, inscripciones en mármol y papiros griegos atestiguan que se daba a los emperadores títulos divinos, que la gente se dirigía a ellos como a *Kurios*, "Señor," y *Theos*, "Dios," en forma muy semejante a la que emplea el Nuevo Testamento para aplicar estos títulos a Dios y a Cristo. Una obra que ha dado información por más de treinta años acerca de este asunto es "Light From the Ancient Past," de Adolf Deissmann.

El título *Kurios*, "Señor," tiene su origen en fuentes hebreas y arameas, y en el empleo que de esa palabra hace la Septuaginta para

traducir el nombre hebreo "Jehová." Por lo tanto, cuando el apóstol Pablo emplea esta palabra, y lo hace más de trescientas veces, aplicándola a Jesucristo, se refiere ciertamente a su divinidad en el sentido más estricto. Es probable que cuando Festo usó esta palabra, aplicada a Nerón (Hech. 25: 26, "que escriba al señor"), aunque primeramente hubiera pensado en la suprema autoridad política de Nerón, no era inconsciente respecto al carácter teocrático de este título aplicado al emperador.

La aplicación de la palabra *Kurios* en el Nuevo Testamento como designación de divinidad es, sin embargo, sólo una introducción a la diversidad y al cúmulo de evidencias por medio de las cuales el apóstol Pablo en particular presenta la divinidad y la igualdad de Jesucristo como miembro de la Deidad.

Otra parte de esa evidencia es el hecho de que según una regla de gramática griega, Jesucristo, la segunda persona de la Divinidad, es igual en esencia con el Padre e idéntico con él. La regla dice lo siguiente:

“Cuando la conjunción copulativa *kai* relaciona a dos sustantivos del mismo caso, si el artículo *ho* o cualquiera de sus casos precede al primero de los mencionados sustantivos o participios, y no se lo repite después del segundo sustantivo o participio, el último siempre se refiere a la misma persona que se ha presentado o descrito por medio del primer sustantivo o participio; denota una descripción más amplia de la primera persona nombrada.”—H. E. Dana y Julius R. Mantey, “*A Manual Grammar of the Greek New Testament*,” 1943. (Véase también A. T. Robertson, “*A Grammar of the Greek New Testament in the Light of Historical Research*,” pág. 785, 1919.)

Un ejemplo de esta regla, aplicado a hombres, se puede ver en Efesios 4:11, donde el apóstol Pablo habla de algunos dones de Dios. En este versículo las palabras “apóstoles,” “profetas,” “evangelistas,” tienen cada una de ellas su artículo definido propio, por medio del cual se manifiesta que son cosas distintas. En las palabras “pastores” y “doctores,” sin embargo, la primera tiene el artículo definido griego, pero “doctores” no lo tiene, y las dos palabras están unidas por la conjunción “y.” Debido a esto las dos palabras se refieren a una sola clase de personas: los pastores, esto es, doctores, referido a ancianos de iglesia que eran doctores pastores. En tal caso la segunda palabra es una descripción más amplia o una ampliación de la primera.

Esta regla se aplica también a las palabras “Dios” y “Padre” cuando la palabra “Dios” tiene un artículo definido y “Padre” no lo tiene, y ambas están relacionadas por la partícula “y.” Véase Romanos 15:6, donde la primera persona de la Divinidad, a quien se quiere glorificar, se define más precisamente como el “Padre de nuestro Señor Jesucristo.” En este versículo la palabra “Dios” tiene el artículo definido griego, pero “Padre” no lo tiene y ambas están unidas por la conjunción “y.” En este caso, en armonía con la regla de la gramática griega, el segundo término es una descripción más amplia del primero. Encontramos numerosos ejemplos en 1 Cor. 15:24; 2 Cor. 1:3; Gál. 1:4; Efe. 5:20; Fil. 4:20; 1 Tes. 1:3; 3:11, 13.

Esta misma regla se aplica a Jesucristo en la expresión “Señor y Salvador Jesucristo” (2 Ped. 1:11). A los creyentes se les promete la entrada en el reino eterno. El artículo definido aplicado a “entrada” se da en el texto griego, para referirse al acto mismo de entrar

en el reino eterno, acto que ha sido tan diligentemente predicado. Se describe este reino eterno como el de “nuestro Señor y Salvador Jesucristo.” Aquí “Señor” tiene el artículo definido, pero “Salvador” no lo tiene. Ambos están unidos por la conjunción “y.” De manera que aquel a quien se presentó como “Señor” se lo describe más ampliamente como “Salvador.” Otros ejemplos de este mismo empleo los encontramos en 2 Pedro 2:20; 3:18. Debiéramos comparar esos versículos con 2 Pedro 1:1, donde encontramos la oración “en la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo.” Aquí se aplica de nuevo la regla: “Dios” tiene el artículo definido, pero “Salvador” no lo tiene, y ambos están unidos por la conjunción “y.” Ambos sustantivos se refieren pues a una misma persona: “en la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo.” La misma regla se aplica también al versículo 2: “en el conocimiento de Dios, y de nuestro Señor Jesús.” Aquí el apóstol substituye *Kurios*, “Señor,” por *Soter*, “Salvador.” Como los creyentes deben tener un pleno conocimiento: el apóstol no usa la palabra *gnosis*, “conocimiento,” que puede ser falso, sino *epignosis*, un conocimiento pleno y verdadero, un conocimiento que nunca puede ser falso. Tal conocimiento tiene su fuente en Jesucristo, que es Dios, Señor y Salvador. (Véase 2 Tes. 1:12; Tito 2:13; Efe. 5:5; Judas 4.)

TITO 2:13

Un versículo que en la Versión de Valera aparentemente presenta a dos personas divinas, pero que en el griego está hablando en realidad de sólo una, es Tito 2:13: “Esperando aquella esperanza bienaventurada, y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo.”

La historia eclesiástica nos dice que los arrianos aplicaban la expresión “gran Dios y Salvador Jesucristo” a dos personas, aplicando la primera parte: “gran Dios,” al Padre. Un estudio detenido de este versículo no permite tal interpretación. El apóstol está exhortando a Tito y a su grupo de creyentes a que siguieran aguardando con expectación la segunda venida de Jesucristo. Describe esta venida literalmente como la manifestación exterior de la gloria. Pablo nunca aplica al Padre esta manifestación externa de la gloria; la usa solamente con relación a la segunda venida de Cristo al fin del tiempo. (Véase 1 Cor. 1:7, 8; Fil. 1:6; 3:20; 2 Tes. 2:8; 1 Tim. 6:14, 15; 2 Tim. 4:1.) Además, si se refiere a dos personas de la Divinidad, el artículo definido griego que precede a “gran Dios” también debería repetirse delante de “Salvador.”

La palabra griega *epiphania*, traducida aquí por “manifestación,” aparece en 2 Tesalonicenses 2:8 con la palabra griega *parousia*, “veni-

(Continúa en la página 18)

La Cronología de Esdras 7—1

Por S. H. Horn y L. H. Wood

INTRODUCCION

EL PROPOSITO de este estudio consiste en examinar la base cronológica de la profecía de los 2.300 días de Daniel 8: 14. Los adventistas le hemos dado por más de cien años un lugar importante a la profecía de la purificación del santuario en el tiempo del fin (Dan. 8: 14, 17), después de los 2.300 días proféticos. Hemos identificado el punto de partida de este período profético con el comienzo de las setenta semanas (Dan. 9: 24-27), en ocasión de la "salida de la palabra para restaurar y edificar a Jerusalén," y muchos otros expositores bíblicos anteriores han situado este evento en la época de Esdras, quien viajó de Babilonia a Palestina "en el séptimo año del rey Artajerjes" (Esd. 7: 7), acontecimiento que durante mucho tiempo la mayoría de los expositores bíblicos fijaron en el año 457 a. de J. C.

Se estimó el otoño del año 457 a. de J. C. como el momento cuando este decreto de Esdras adquirió validez, y de allí que se lo considerara el punto de origen de los 2.300 años. Los adventistas recibieron como herencia, por así decirlo, las fechas (aunque no la interpretación de los acontecimientos finales) de la interpretación que de la profecía de los 2.300 días hicieron los milleritas y otros antiguos expositores, y han continuado empleándolas.

Pero desde ese entonces, particularmente en las últimas décadas, se han hecho notables progresos en el conocimiento de la historia antigua. Se han exhumado miles de documentos originales, muchos de los cuales dan testimonio de las narraciones históricas de las Escrituras, y arrojan luz sobre la cronología bíblica. Los documentos comerciales fechados, como ser contratos, acontecimientos, recibos, etc., escritos en tabletas de arcilla en Babilonia y en papiro en Egipto, nos han dado un conocimiento mucho más exacto de los antiguos calendarios y sistemas de cómputo. Como resultado de todo esto se han aclarado muchos puntos inciertos de la cronología.

Puesto que los fundamentos históricos y cronológicos para explicar las fechas empleadas en relación con las profecías se derivaban de antiguas fuentes, que constituían norma en su época, pero que hoy resultan completamente anacrónicas debido a los nuevos descubrimientos, se ha hecho necesario examinar los documentos antiguos disponibles en la actualidad, que pueden arrojar luz sobre la historia y la cronología de la Biblia, a fin de obtener el beneficio de una información más actualizada y digna de confianza.

Este estudio tiene relación con el examen de la fecha fundamental del período profético de los 2.300 días: vale decir, del año 457 a. de J. C., pero a la luz de estas nuevas evidencias. Los comentarios bíblicos y las obras de historia antigua más usadas, que fechan el regreso de Esdras de Babilonia, presentan el año 458 en lugar de esa fecha, 457 a. de J. C. El propósito de este trabajo consiste en exponer los resultados de la investigación que demuestran que la fecha que hemos fijado para este acontecimiento es correcta.

Pero antes de que el lector pueda comprender la aplicación de la cronología en este problema, o valorar las conclusiones que de ella se desprenden, deben relacionarse con los elementos básicos de los antiguos métodos de computar el tiempo, puesto que son diferentes de los nuestros.

Partiendo de lo conocido para llegar a lo desconocido, comenzaremos por examinar nuestro propio sistema de computar el tiempo. Los nombres enero, febrero, marzo, etc. son romanos, y el año de 365 días fué traído de Egipto a Europa por Julio César, quien le añadió el año bisiesto. Este calendario juliano, heredado por las naciones que sucedieron al Imperio Romano, nos ha llegado levemente corregido con el nombre de calendario gregoriano. Tal sistema, juntamente con la costumbre de individualizar mediante las iniciales a. de J. C. y de J. C., de origen medieval, se ha extendido por todo el globo gracias a la expansión europea, hasta llegar a hacerse familiar en países remotísimos que tienen calendarios completamente diferentes.

De este modo una gran parte del mundo actualmente está acostumbrado, no solamente a fechar los acontecimientos modernos en base al calendario gregoriano y a la era cristiana, sino incluso a fechar los acontecimientos históricos de la antigüedad como si el calendario juliano y la escala de los años anteriores a Cristo se extendiera indefinidamente hasta el remoto pasado. Decimos, por ejemplo, que Jerusalén cayó ante las fuerzas de Nabucodonosor en 586 a. de J. C., que Ciro murió en agosto del año 530 a. de J. C., y que Alejandro el Grande falleció en junio del 323 a. de J. C. Debido a la costumbre que tenemos de emplear tal sistema de cómputo, nos resulta difícil comprender que los registros originales, gracias a los cuales conocemos éstos y otros acontecimientos de la antigüedad, nos llegaron fechados en base a sistemas de cómputo totalmente diferentes de los nuestros.

Analicemos brevemente las tres fechas mencionadas y veamos cómo cada una de ellas se basa en sistemas cronológicos diferentes unos de otros. Para la caída de Jerusalén tenemos la declaración bíblica que fecha el acontecimiento para el año 19° de Nabucodonosor y 11° de Sedecías. El año 19° del reinado de Nabucodonosor resulta más fácil de ubicar que muchos otros, debido a que los arqueólogos han encontrado un documento del tiempo de Nabucodonosor que da una serie de observaciones astronómicas fechadas en el año 37°, lo que permite localizar este año de la era precristiana en forma inconfundible, y por lo tanto, también el año 19°. No obstante, debemos conocer también la relación que existe entre los años del monarca babilonio Nabucodonosor, y los del rey judío Sedecías, a fin de estar seguros de la fecha en que cayó la ciudad.

Para la muerte de Ciro el Grande tenemos el canon de Ptolomeo y un documento que registra una serie de eclipses contemporáneos, que necesariamente fijan el primer año de su sucesor, Cambises, en la primavera del año 529 a. de J. C., siguiendo al año 9° de Ciro el Persa. Otras tabletas babilónicas indican la época del año en que terminó su reinado.

Para la muerte de Alejandro existe un documento que fecha el acontecimiento en el primer año de la 114° Olimpiada, un sistema griego de cómputo que se empleó en la época clásica.

Diferentes sistemas de cómputo y calendarios, a veces más variables y menos exactos que los que hemos mencionado, deben ser puestos uno al lado del otro mediante métodos cuidadosos y a veces trabajosos a fin de fechar los acontecimientos de la antigüedad. Algunos pueden ser fijados exactamente en el año que les corresponde de la era precristiana, y otros sólo en forma aproximada.

La necesidad de comprender estos problemas resulta obvia cuando consideramos el caso de los acontecimientos históricos relacionados con el comienzo del período profético de los 2.300 días: el viaje de Esdras a Jerusalén

duró desde el 1° hasta el 5° mes del “séptimo año del reinado de Artajerjes.” La fecha se dió en base a un año de gobierno de un monarca persa registrado por un judío de Babilonia que escribía a judíos de Palestina acerca de acontecimientos relacionados con este último país. A fin de asignar estos acontecimientos con toda certidumbre a una fecha precisa de la era precristiana, debemos responder a una cantidad de preguntas: ¿Qué quería decir Esdras cuando habla de 1° y el 5° mes, y qué clase de calendario usaba él? ¿Qué quería decir al fijar su regreso de Jerusalén en el 7° año del reinado del rey Artajerjes? ¿Registró esta fecha en base a la fecha de ascensión del monarca o al año calendario? Si empleó el último sistema, ¿usó el sistema persa o el judío para calcular los años? Si usó el método judío, ¿cuál de los sistemas que se sabe emplearon los judíos usó él? Elementos tan diversos como éstos conforman el problema de fijar los acontecimientos antiguos en las eras precristiana y postcristiana. Por lo tanto los cuatro primeros capítulos se dedicarán a dar una explicación fundamental de los hechos necesarios acerca de los antiguos métodos de cómputo que son fundamentales para una interpretación correcta de las fechas bíblicas en general y de las relacionadas con la profecía de los 2.300 días en particular.

Un estudio cuidadoso de los dos primeros capítulos es indispensable por lo tanto para una comprensión de los capítulos tercero, cuarto y quinto que se relacionan con los problemas específicos del calendario judío y de la cronología de Esdras 7, y el apéndice presenta una exposición detallada de algunos documentos judíos extrabíblicos del siglo V a. de J. C., por medio de los cuales se establece la corrección de las conclusiones mencionadas en el capítulo 6. Para una comprensión de la solución del problema que se discute, la lectura del apéndice no es esencial, pero el material abarcado en él se incluye para aquellos que quieren tener toda la evidencia en la cual se basa nuestro conocimiento del calendario judío del siglo V a. de J. C.

CAPITULO 1

DIFERENTES SISTEMAS DE COMPUTO

LA NECESIDAD de fechar ciertos acontecimientos se hizo sentir desde las épocas más primitivas. Por eso mismo encontramos, no solamente en los registros primitivos de la Biblia, sino en los de muchas otras naciones antiguas, diversos métodos empleados para fechar los acontecimientos. Los registros más antiguos de la Mesopotamia revelan que hubo razones económicas que indujeron a inventar sistemas por medio de los cuales se pudieran

fijar el tiempo; por ejemplo, para determinar cuánto arriendo se debía pagar por un animal durante cierto tiempo, o por el alquiler de una casa, etc. No obstante, los antiguos no supieron cómo delimitar el tiempo de acuerdo a una era, tal como estamos acostumbrados a hacerlo los modernos, una era que tuviera un punto definido de partida (como el nacimiento de Cristo en la era cristiana), y que le asignara a cada nuevo año un nuevo número sin

ninguna interrupción y sin considerar los acontecimientos que ocurrieron en su transcurso.

LISTAS DE NOMBRES DE AÑOS

El método más antiguo de establecer un sistema cronológico, practicado por los sumerios y babilonios, consistía en darle un nombre a cada año, que generalmente se relacionaba con el acontecimiento más conspicuo del año anterior. De este modo, el séptimo año de Hamurabi, por ejemplo, se llamaba "el año en que Uruk e Isin fueron tomados," y el 10º de su reinado recibió el nombre de "el año en que el ejército y el pueblo de Malgu fueron destruidos," a pesar de que en ambos casos los acontecimientos a que se referían habían acontecido respectivamente en el año anterior (1). En las diversas oficinas y ciudades se conservaban listas completas de todos los nombres de los años que abarcaban un período razonable, de manera que se podía determinar cuántos años habían pasado si un hombre reclamaba, por ejemplo, que alguien le debía el alquiler de un terreno desde el "año en que Uruk e Isin fueron tomadas" hasta "el año en que el ejército y el pueblo de Malgu fueron destruidos." En base a dichas listas se podía decidir que entre los dos recién mencionados se encontraban los siguientes: 1) el "año en que la tierra de Emuthal (¿fué?) [destruída]," y 2) el "año en que el canal Hamurabi-hegal (fué cavado)." A pesar de que tal sistema de cómputo nos resulta demasiado complicado para nosotros, que sin vacilar un momento podemos decir cuántos años han pasado entre 1950 y 1953, se lo practicó por muchos siglos en Mesopotamia.

LOS CANONES EPONIMOS

Otro método de establecer los años fué introducido por los asirios. Un alto funcionario, que podía también ser el rey, era nombrado una vez en su vida para servir durante un año como *limmu*, cargo honorario que no requería la realización de ningún deber, sino meramente que su nombre se aplicara al año en el cual era *limmu*. El equivalente griego de *limmu* asirio es la palabra *eponym*; de allí que las listas cronológicas que contienen los nombres de los *limmu* se conocen con el nombre de cánones eponimos (2). El epónimo del año cuando el rey Sargón II ascendió al trono tenía por nombre *Nimurta-ilaiá*, y todos los documentos fechados durante ese año se fechan en "el año Nimurta-ilaiá." Este epónimo fué seguido al año siguiente por el de *Nabu-taris*, y todos los documentos fechados llevaban la inscripción "el año Nabu-taris" (3). Las listas de los epónimos, tal como las de los nombres de los años en la antigua Babilonia, se conservaban para propósitos legales relativos al comercio. Este sistema de cómputo fué empleado por los asirios desde el año 2.000 a. de J. C. hasta el

fin del imperio en la última parte del siglo VII de la misma era.

LOS AÑOS REGIOS

Desde los albores de la historia, el sistema de fechar empleado en Egipto estaba en armonía con los años de reinado de cada monarca, llamados por eso mismo años regios. Este sistema fué introducido también en Babilonia por los gobernantes casitas de mediados del segundo milenio a. de J. C. Puesto que este sistema de cómputo es el que se emplea en los documentos bíblicos y extrabíblicos relacionados con este estudio, lo explicaremos con más detalles que los previamente mencionados, que no tienen ninguna relación con el tema que estamos tratando.

Para el término medio de la gente de la actualidad, la expresión "primer año de Darío" significa naturalmente los primeros doce meses de su reinado, comenzando con la fecha de su ascensión al trono. De este modo, en efecto, contando los aniversarios de la ascensión de los monarcas, se computan los años de reinado de los monarcas británicos, y en base a estos años regios se fechan las leyes del imperio (4). Pero en la vida cotidiana es mucho más conveniente fechar en base al calendario que siempre comienza en la misma fecha, y que se computa en base a un largo período, como la era cristiana por ejemplo.

Durante el período de los monarcas babilónicos y persas con los cuales se relaciona la primera parte del estudio, se encuentran fórmulas semejantes a las siguientes: "En el mes de Nisán, en el año veinte del rey Artajerjes" (Neh. 2:1). Pero los habitantes de la antigüedad empleaban dos métodos por medio de los cuales obviaban las dificultades inherentes al sistema de contar los años de acuerdo con los aniversarios de cada monarca. Dejando de lado las diversas fechas en que realmente se producían los ascensos al trono, computaban todos los reinados, de tal manera que el año regio coincidiera con el año calendario. La diferencia entre los dos métodos por medio de los cuales se hacía esto se encontraba en la forma de considerar el intervalo entre el día de la ascensión del monarca al trono y el siguiente día de Año Nuevo.

(1) Los ejemplos de todos los nombres de años están tomados de la obra de Samuel A. B. Mercer, "Sumero-Babylonian Year-Formulae," págs. 35, 36.

(2) A. Ungnad, "Eponymen," en "Reallexikon der Assyrologie," tomo 2, págs. 412-457 (1938); véase también Sidney Smith, "The Foundation of the Assyrian Empire," "The Age of Ashurbanipal," en "The Cambridge Ancient History" (de aquí en adelante abreviado CAH), tomo 3, págs. 3, 92, 93.

(3) Ungnad, *op. cit.*, pág. 424; Daniel D. Luchenbill, "Ancient Records of Assyria and Babilonia," tomo 2, pág. 437.

(4) Frederick C. Hicks, "Materials and Methods of Legal Research," pág. 430.



E VANGELISMO

La Música en el Esfuerzo Público Pequeño

Por Ben Glanzer

(Secretario asociado de la Asociación Ministerial de la Asociación General)

POR LO común el pastor evangelista debe depender de los talentos que encuentre en la iglesia local tanto para que se desempeñen como directores de música, como para ejecutar música especial. Muchas de nuestras iglesias tienen excelentes talentos que yacen perdidos. Se necesita buscarlos, animarlos y prepararlos. A menudo los resultados serán sorprendentes.

Si Vd. tiene a un buen hermano laico que manifiesta talento para ser director de canto, animelo. Revélele que será su compañero de labor. Insinúele que sea correcto en el vestir y circunspecto en sus modales. Su calzado debiera estar bien lustrado, sus ropas bien planchadas, y su cabello pulcramente peinado. Enséñele a hablar con claridad y distinción.

En su servicio de canto debiera hacer algo más que anunciar un himno tras otro. Advértale en cuanto a la inconveniencia de prolongar demasiado el discurso, pero animelo a decir un par de frases que ahonden el significado de cada himno. A veces un versículo de la Biblia puede ser conveniente. Por ejemplo: "Y en ningún otro nombre hay salud; porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hech. 4: 12). puede citarse en relación con el himno N° 38 del "Himnario Adventista," "Dulce Nombre." Por lo general se puede encontrar un versículo para cada himno.

Si este hermano laico sabe batutear, animelo a que realice sus movimientos con suavidad. Evítese todo movimiento torpe. Asegúrese de que sea el director y no el acompañante. Nada resulta más molesto que un director de canto aficionado que aguarda a que el instrumentista inicie el himno para él seguirlo después moviendo la batuta en el aire. Si no hubiera nadie capaz de batutear, se puede elegir a alguien que tenga suficiente soltura para actuar en público. No necesita ser director; sencillamente puede actuar como un maestro de ceremonias durante un corto servicio de canto. Vd. mismo puede elegir los himnos con él. En este caso él debiera repasarlos con el instrumentista, a fin de decidir el tiempo en que han de ser en-

tonados. En tal caso el instrumentista deberá dirigir el canto con el instrumento. El maestro de ceremonias sólo dará una pequeña señal al principio de manera que todos comiencen juntos. Vigile para que el servicio de canto sea corto. Con quince minutos basta. Aunque esta persona no sea justamente un director, puede sin embargo dirigir una melodía. Puede dirigir un servicio de canto y anunciar la música especial, actuando simplemente como un maestro de ceremonias alegre y digno a la vez.

El empleo de diapositivas con himnos que se pueden proyectar en la pantalla, puede ser una buena innovación para el servicio de canto.

Si Vd., como evangelista, tiene que dirigir la música, puede economizar a menudo su voz, cantando suavemente los himnos y no dirigiendo el servicio con su propia voz. Advierta al instrumentista que siga sus indicaciones cuidadosamente, y que toque más bien intensamente, para que la música sea dirigida por el instrumento y Vd. pueda economizar su voz. Si se mantiene de pie, erecto, pero tranquilo, y si al mismo tiempo respira profundamente, conservará su voz para el sermón.

PREPARE LA MUSICA ESPECIAL

Si descubre algún talento en la iglesia que promete desarrollarse en buena forma, tómese el tiempo de prepararlo y animarlo. Tal vez su esposa o el organista puedan hacerlo. Por sobre todo, vigile que sus posibles cantores tengan una dicción cuidadosa y clara. Estudie con ellos el pleno significado del solo, el dúo o lo que tengan que cantar. Cuando se estudian las palabras separadamente, como si fuera un poema, se entenderá mejor el himno.

Hay otros pasajes que se pueden cantar más rápidamente, o con más lentitud; algunos con más fuerza y otros más suavemente. Enseñe cuidadosamente a los cantores el tiempo en que deben cantar. Por lo general, los cantores de himnos evangélicos entonan sus himnos demasiado lentamente y sin prestar atención al tiempo. Debe haber energía y sentimiento en el canto. Los solistas comúnmente cantan con demasiada lentitud, mientras los cuartetos lo hacen con extrema rapidez.

Los que cantan himnos evangélicos tienen también el hábito de recalcar una nota alta, aunque esa nota no caiga precisamente en una palabra importante. Vigílese esta deficiencia. Si la nota alta corresponde a una palabra que no tiene mucha importancia anímese al cantor a que la suavice. En otros lugares será necesario poner énfasis en una nota baja que cae en una palabra importante, sosteniéndola o alargándola precisamente para recalcar.

Muchos cantores causan la impresión de que son demasiado solemnes o que les duele algo mientras están cantando. Enséñeseles a manifestar, mediante la expresión del rostro, el sentido del himno que están entonando. Algunos himnos son alegres y otros son más solemnes.

Por lo general, trate de que sus cantores no entonen más de dos estrofas de un himno evangélico. Hay tanta semejanza en los himnos y cantos evangélicos, que pueden resultar cansadores para el auditorio cuando se los entona como un número "especial," a menos que se los interprete en forma magnífica. Pero trate de que sus cantores estudien las estrofas más adecuadas, en lugar de cantar sencillamente la primera y la última.

Algunos buenos discos fonográficos pueden ser una ayuda notable en una pequeña campaña evangélica. Aun la música especial se puede presentar de esa manera. Se le puede aña-

dir interés diciendo algo apropiado acerca del himno que se va a escuchar y mencionando al cantor antes de poner el disco. Tal vez hagamos escuchar un himno titulado "La Santa Ciudad." Entonces, léase Apocalipsis 21:1-5, y díganse unas pocas palabras que ayuden a la gente a pensar en el mensaje que tiene el himno. Es conveniente que los discos que usemos estén bien grabados para que se entienda bien lo que el cantor dice, y se pueda apreciar el mensaje del himno. Entre los discos que nos atrevemos a recomendar, están los del coro del Colegio Adventista del Plata, y los que se puedan conseguir de los que se utilizan para amenizar los programas de La Voz de la Profecía.

No obstante, si se han agotado todos los recursos y aún no se puede encontrar un buen cantor, y le parece que no es conveniente usar discos, no permita que eso le impida celebrar un buen ciclo de conferencias públicas. Se lo puede hacer sin música especial y sin director de canto. Sencillamente haga que la congregación entone un himno de apertura, y cuando llegue el momento de iniciar la predicación, entreguese en las manos del Señor para hacerlo, y el Señor lo bendicirá. Vd. puede estar seguro de que si predica y enseña el mensaje en su sencillez, y con amor por las almas en su corazón, algunos aceptarán el mensaje. Esta es siempre una recompensa que satisface, a pesar de todas las dificultades y carencia de equipo y talentos.

EL EVANGELIO DE LA SALUD

Los Efectos de la Oración sobre el Enfermo

Por el Dr. A. W. N. Druitt

PASO algún tiempo antes de que aprendiera a aplicar la oración como medicina. En verdad, no comprendí realmente sus efectos terapéuticos hasta que fui a Jamaica como médico misionero y trabajé dos años maravillosos junto al Dr. Clifford Anderson. Oh, había orado muchas veces antes de eso, pues había aprendido el valor de la oración cuando celebrábamos en casa nuestro culto familiar cada mañana y cada tarde. Como estudiante, también aprendí el valor de la oración, y puesto que no era uno de los más brillantes, siempre me sentía feliz de aferrarme a las promesas del Señor, especialmente antes de los exámenes, y muy particularmente de aquella que dice: "El os recordará todas las cosas." Me ayudaba,

por supuesto. Sé que la oración me ayudó más de una vez cuando ninguna otra cosa podría haberlo hecho.

Me sentía feliz por haber encontrado una esposa que también creía en la oración, puesto que ella misma era para mí la respuesta a mis oraciones. Muchísimas veces, a lo largo de nuestros doce años de vida matrimonial, descubrimos que Dios responde las oraciones. A menudo notamos que Dios no responde cuando pensamos que debería hacerlo, sino que la respuesta llega frecuentemente a última hora cuando ya no sabíamos qué hacer. Esta experiencia, no obstante, no es nueva para los adventistas, y es posible que ninguno de los lectores tenga dudas en cuanto al hecho de

que Dios oye las oraciones y las responde. Pero, ¿cómo podemos dispensar, si se nos permite esta expresión, la oración? Es necesario manejarla tan cuidadosamente como una dosis de morfina, aplicándola en el tiempo apropiado y en la dosis correcta. A veces está contraindicada porque se nos ha enseñado a no arrojar las "perlas delante de los puercos."

LA ORACION EN EL HOSPITAL

Realmente aprendí cómo dispensar la oración en la sala de operaciones de nuestra clínica de Jamaica. Nuestra costumbre allí consistía en no anestesiar a nadie antes de haber ofrecido una corta oración por el bienestar del paciente y la dirección divina para los médicos y enfermeros. A veces los pacientes no la apreciaban, y en otras ocasiones estaban tan adormecidos debido a los tratamientos preliminares que no la notaban, pero infundía en la sala de operaciones el sentimiento de que el gran Médico estaba allí para ayudarnos.

También era la costumbre de los enfermeros ofrecer una palabra de oración con todos los pacientes en el momento en que se los preparaba para dormir. Estas oraciones, ofrecidas a veces por enfermeros muy tímidos, eran muy apreciadas por muchos pacientes que, con toda franqueza, expresaron su estima por medio de cartas que más tarde escribieron a la dirección de la institución. Permítaseme citar dos trozos de tales cartas:

"Creo que nadie mejor que yo podría hablar de los beneficios recibidos tanto física como mentalmente. La jefa de enfermeras, la Hna. C., las enfermeras, y Vd. mismo se han portado estupendamente conmigo durante mi enfermedad y seguramente nunca olvidaré las muchas oraciones que se ofrecieron por mí y mi familia."

"Vosotros habéis dado ejemplo al mundo en general y a Jamaica en particular de que no hay nada imposible para Dios; y creo que el éxito de esta obra maravillosa para auxilio de la humanidad sufriente se debe a que la institución está edificada sobre el fundamento de la Roca de nuestra salvación. No puedo olvidar las oraciones elevadas en mi favor por esos enfermeros cristianos antes de que me entregara al descanso de la noche, y la forma amable en que me atendieron. Quiera el Dios del cielo ayudarles a comprender la importancia de su vocación."

Recuerdo que el primer ministro de la isla estuvo en el hospital para descansar unos cuantos días. Estaba yo paseando por el edificio cuando una enfermera salió de la habitación y me dijo: "También oré con él." Se me hizo un gran nudo en la garganta cuando pensé en el valor de esta enfermera cristiana, y me pregunté si yo hubiera tenido la misma valentía si hubiese estado en su lugar. Tal es el poder que procede de la oración.

La esposa de un médico se había internado en el hospital. Había estado enferma durante seis años y había acudido al Hospital Adventista como última providencia, persuadida por su empleada. Su primera impresión fué de que yo era demasiado joven para saber lo que tenía que hacer, pero se sometió a los exámenes, cooperó con los tratamientos, y dijo "Amén" a las oraciones. En tres semanas se consideró casi curada, y más aún, leyó algunas de las publicaciones proporcionadas a los pacientes, enviadas a Jamaica por buenos amigos de los Estados Unidos, y sus ideas cambiaron completamente con respecto al día de reposo; de manera que salió del hospital no solamente caminando, lo que no había hecho durante muchos años, sino decidida, con la ayuda de Dios, a ser una observadora del sábado. A pesar de toda la persecución que sufrió desde entonces, sigue siendo fiel a su Dios, que tanto hizo por ella. ¿Puede haber alguna duda de que la oración empleada como medicina en su favor en ese entonces y en muchas ocasiones ulteriores, fué lo que mejoró su salud física y espiritual?

Una monja católica yacía en la mesa de operaciones con todos sus hábitos, esperando que se le extrajera una muela después que se la anestesiará totalmente. Recuerdo la expresión de paz que se extendió por su rostro cuando se ofreció una sencilla oración en su favor. No sé lo que ocurrió cuando se presentó al confesionario, pero lo que sí sé es que acudió en muchas otras ocasiones para que le extrajeran muelas. Las oraciones atravesaron los hábitos, y sólo el cielo sabrá los resultados de esas plegarias.

Los judíos también apreciaban las oraciones que se ofrecían por ellos. El nombre de Dios es el único que debe mencionarse en tales casos. Estoy seguro de que una israelita se hará adventista muy pronto como resultado de las oraciones ofrecidas en su favor.

MI RESOLUCION

¿Qué podemos ofrecer, como médicos cristianos, a este mundo que está trastabillando de tal manera que no puede recuperar el equilibrio, si no es la solidez obtenida al aferrarnos nosotros mismos a la Roca de los siglos? Siendo que el cincuenta por ciento de los problemas de la vida pueden considerarse causados por la tensión nerviosa del individuo, ¿cómo puede ser aliviada esa tensión a menos que se edifique la confianza en alguien que ha prometido llevar las cargas? Estoy seguro de que en los meses recientes dedicados al trabajo psiquiátrico, nunca se hubieran alcanzado los resultados obtenidos, a no ser por el poder implorado de lo Alto al señalar a esos pacientes al Señor y al orar con ellos. He resuelto no

(Continúa en la página 23)



OBRA PASTORAL

La Conversión y el Bautismo de los Niños

Por Luisa C. Kleuser

JESUS se interesó especialmente en los niños, y cada instructor bíblico debiera manifestar un interés semejante. Debiera saber guiar a los padres en la preparación de sus hijos, y debiera ser capaz de aconsejarles cuando surja la cuestión del bautismo. Los niños que no tienen el fondo de una educación cristiana en una escuela adventista, deben ser considerados de una manera totalmente diferente que aquellos que han sido instruídos cuidadosamente durante un cierto número de años. Como obreros debiéramos estar bien informados en cuanto a los planes de Dios para los niños que se encuentran en nuestro medio. En el tiempo conveniente se los debiera animar a dar el paso del bautismo, pero no antes de que resulte evidente que han tenido alguna experiencia espiritual. La experiencia cristiana de los niños se desarrollará naturalmente junto con su crecimiento, y por lo tanto, será diferente de la de los adultos.

Las instructoras bíblicas debieran estar calbalmente al tanto del consejo divino en cuanto a este asunto. Demasiado a menudo los dirigentes de la iglesia vacilan en aceptar a los niños en el seno de la misma, únicamente porque temen que aumenten los blancos financieros. Este factor nunca debiera ser decisivo en este asunto. Por el contrario, la experiencia personal de los niños debiera pesarse a la luz de la Palabra de Dios y de su instrucción especial para la iglesia.

CONSEJOS DEL ESPIRITU DE PROFECIA

“ALIMENTA MIS CORDEROS.”—“La comisión dada a Pedro por Cristo precisamente antes de su ascensión: ‘Apacienta mis corderos,’ es dada a todo predicador. . . . La causa de la verdad ha perdido mucho por falta de atención a las necesidades espirituales de los jóvenes. . . . ¿Por qué no ha de considerarse como trabajo misionero de la clase más elevada la obra hecha en pro de los jóvenes que están en nuestras filas? Requiere el tacto más delicado, la consideración más atenta, las más fervientes oraciones pidiendo la sabiduría celestial.

“Los jóvenes son el blanco de los ataques de Satanás; pero la bondad, cortesía y simpatía que fluyen de un corazón lleno de amor hacia

Jesús, conquistarán su confianza, y los salvarán de muchas trampas del enemigo.”—*“Obreros Evangélicos,”* págs. 219, 220.

NUESTRO PRIMER TRABAJO.—En general, no se ha prestado suficiente atención a nuestros niños y jóvenes. . . . La obra que se halla más a mano de los miembros de nuestras iglesias es la de interesarse en nuestros jóvenes. . . . Los corderos del rebaño han de ser apacentados, y el Señor del cielo observa para ver quién hace la obra que él quiere que se haga en pro de los niños y jóvenes.”—*“Joyas de los Testimonios,”* tomo 2, págs. 454, 455.

“Únicamente el poder de Dios puede salvar a nuestros hijos de ser arrebatados por la marea del mal. La responsabilidad que descansa sobre padres, maestros y miembros de las iglesias, en cuanto a hacer su parte cooperando con Dios, es mayor de lo que puede expresarse en palabras.”—*“Consejos para los Maestros,”* pág. 127.

PROPOSITOS DE LA OBRA EN FAVOR DE LOS NIÑOS.—“En nuestra obra en favor de los niños el propósito no debería ser meramente educarlos, y entretenerlos, sino trabajar por la conversión de ellos.”—*“Testimonies,”* tomo 6, pág. 105.

“Por medio de los niños se dará a conocer a todas las naciones el mensaje de Dios y su sanidad salvadora. Por lo tanto, sienta la iglesia una preocupación por los corderos del rebaño. Edúqueselos y prepárelos para que presten servicio a Dios; porque son la herencia del Señor.”—*“Consejos para los Maestros,”* pág. 136.

LA ACTITUD DE JESUS HACIA LOS NIÑOS.—“El sabía que estos niños le escucharían y aceptarían como su Redentor con mucha mayor facilidad que los adultos, muchos de los cuales eran sabios en las cosas del mundo, y de corazón endurecido. En su enseñanza, él descendía a su nivel. El, la Majestad del cielo, no desdeñaba contestar sus preguntas, y simplificar sus importantes lecciones para adaptarlas a su entendimiento infantil. Plantaba en sus mentes las semillas de la verdad, que en años posteriores brotarían y darían fruto para vida eterna.”—*“El Desdado de Todas las Gentes,”* págs. 458, 459.

LOS NIÑOS ESTAN BIEN DISPUESTOS PARA ACEPTAR EL EVANGELIO.—“Es todavía verdad que los niños son más susceptibles a las enseñanzas del

Evangelio; sus corazones están abiertos a las influencias divinas, y son fuertes para retener las lecciones recibidas. Los niños pueden ser cristianos, teniendo una experiencia de acuerdo con sus años. Necesitan ser educados en las cosas espirituales, y los padres deben darles todas las ventajas a fin de que adquieran un carácter semejante al de Cristo.”—*El Deseado de Todas las Gentes*,” pág. 459.

LAS PRIMERAS LECCIONES Y LA EDIFICACION DEL CARACTER.—“Las lecciones que aprende el niño durante los siete primeros años de su vida tienen más influencia en la formación de su carácter que todo lo que aprende en los años futuros.”—*Signs of the Times*, del 8 de abril de 1903.

“Debe darse instrucción religiosa a los niños desde sus más tiernos años. Debe serle dada no con espíritu de condenación, sino con un espíritu alegre y feliz.”—*Joyas de los Testimonios*,” tomo 2, pág. 391.

“Desde niño, Timoteo conocía las Escrituras, y este conocimiento lo salvaguardó de las malas influencias que lo rodeaban, y de la tentación a escoger el placer y la complacencia egoísta antes que el deber. Todos nuestros hijos necesitan una salvaguardia tal; y debe ser parte de la obra de los padres y de los embajadores de Cristo cuidar de que los niños estén debidamente instruidos en la Palabra de Dios.”—*Id.* tomo 1, pág. 633.

EDAD ADECUADA PARA LA CONVERSION Y EL BAUTISMO.—“Los niños de ocho, diez y doce años, tienen ya bastante edad para que se les hable de la religión personal. . . . Si son debidamente instruidos, los niños, aún los de poca edad, pueden tener opiniones correctas en cuanto a su estado de pecado, y el camino de salvación por Cristo.”—*Joyas de los Testimonios*,” tomo 1, págs. 178, 179.

LAS EMOCIONES VIOLENTAS NO SON ESENCIALES.—“Al trabajar para la conversión de nuestros hijos, no debemos esperar que las emociones violentas sean la evidencia esencial de que están convencidos de pecado. Ni tampoco es necesario saber el momento exacto en que se convierten. Debemos enseñarles a traer sus pecados a Jesús, pidiendo que los perdone, y que los reciba como recibía a los niños cuando estaba personalmente en la tierra.”—*El Deseado de Todas las Gentes*,” pág. 459.

EL BAUTISMO DE LOS NIÑOS Y LA RESPONSABILIDAD DE LOS PADRES.—“El bautismo es un rito muy sagrado e importante, y su significado debe comprenderse cabalmente. Significa arrepentirse del pecado e iniciar una nueva vida en Cristo Jesús. No debe haber indebido apresuramiento para recibir este rito. Calculen lo que cuesta, tanto los padres como los hijos. . . .

“Cuando llega el período más feliz de su vida, y en su corazón aman a Jesús y desean ser bautizados, obrad fielmente con ellos. Antes que

reciban el rito, preguntadles si es su primer propósito en la vida trabajar para Dios. Entonces explicadles cómo principiar. Las primeras lecciones significan mucho. Con sencillez, enseñadles a prestar su primer servicio a Dios. Presentadles esta obra de la manera que haga más fácil su comprensión. Explicadles lo que significa darse al Señor, hacer exactamente lo que su Palabra indica, bajo el consejo de padres cristianos. Después de trabajar fielmente, si estáis convencidos de que vuestros hijos comprenden el significado de la conversión y el bautismo, y de que son verdaderamente convertidos, sean bautizados.”—*Joyas de los Testimonios*,” págs. 391, 392.

PROBLEMAS QUE PRESENTAN LOS NIÑOS PARA EL INSTRUCTOR BIBLICO

1. La conversión de los niños en el evangelismo.
2. Las oportunidades presentes del evangelismo infantil.
3. La necesidad de que se produzcan conversiones en la primera época de la vida.
4. La edad adecuada para el bautismo.
5. La preparación de los niños para el bautismo.
6. La responsabilidad de los padres en la época del bautismo de los niños.
7. Los resultados que se pueden esperar en estos jóvenes conversos.
8. La retención de los jóvenes en la iglesia.

Jesús: Dios y Salvador

(Viene de la página 10)

da,” palabra que nunca puede aplicarse al Padre. Este término traducido por “manifestación,” empleado en Tito 2:13 y en 2 Tesalonicenses 2:8, poniendo énfasis en la manifestación externa, dice literalmente: “con la abiertamente manifiesta brillantez de su venida.” La persona del Padre permanece invisible (Col. 1:15; 1 Tim. 1:17), pero el Hijo tendrá una *parousia*, una venida en grande gloria ante todos los hombres (Mat. 24:3, 27, 37, 39; 1 Cor. 15:23; 1 Tes. 2:19; 3:13; 4:15; 5:23; 2 Tes. 2:1, 8; Sant. 5:7, 8; 2 Ped. 1:16; 3:4; 1 Juan 2:28).

De acuerdo con la regla de gramática griega que estamos comentando, tenemos en nuestro versículo el artículo definido delante de “gran Dios,” pero no delante de “Salvador nuestro Jesucristo;” y estas dos expresiones están unidas por la conjunción “y.” Esto hace que el término “Salvador nuestro Jesucristo” se refiera a “gran Dios,” como a una Persona, y es una descripción más amplia de “gran Dios.” De manera, pues, que Pablo exhorta a Tito a perseverar en la espera de la aparición personal y en gloria del “gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo.”

Cómo Auxiliar a los Miembros Débiles

Por W. E. Strickland

(Presidente de la Asociación de Kentucky, Tennessee, EE. UU.)

NO ES cosa sin importancia pertenecer a la Iglesia Adventista. No sólo se requiere valor para decidirse a hacerlo, sino una fibra especial y gran fe para perseverar y obtener la victoria definitiva.

Los nuevos conversos. Llenos de gozo ante la verdad que acaban de encontrar, son blancos fáciles del demonio, quien pocas veces deja de aprovechar toda oportunidad que se le ofrezca de desanimarlos. El permanecer fieles a lo que saben que es lo correcto, es para ellos a veces una tarea extraordinariamente grande.

No dudan de la verdad. Saben que todo lo que enseñamos es la Palabra inspirada de Dios, pero muchos de ellos fracasan.

Hace algún tiempo visité una iglesia grande y hablé con sus oficiales. Les hice notar el hecho de que tenían más de 600 miembros, y entonces añadí: "Supongo que entre ellos habrá algunos que podríamos llamar semiapóstatas; aquellos que no vienen a la iglesia y han perdido el interés, y que, probablemente Vds. estén pensando que lo mejor será borrarlos de la lista. ¿Cuántos de esta clase piensan Vds. que hay aquí?" Un hermano adelantó la cifra de 200, y la mayoría estuvo de acuerdo en que por lo menos había cien.

¡Cien miembros listos para ser borrados! Esta historia se puede repetir en casi cada iglesia, grande o pequeña. Muchos que figuran como miembros no lo son en realidad. ¿Por qué? Probablemente haya muchas razones, pero sea como fuere, la iglesia tiene su responsabilidad.

La iglesia no es un club social o una logia. Se la ha fundado con un solo objeto, a saber, salvar almas. Este es su cometido y debería ser su propósito.

Jesús dijo que no había venido a llamar justos sino pecadores al arrepentimiento; a salvar a los perdidos. Toda su vida la dedicó a los demás. No hacía nada inducido por el egoísmo. No enseñó ninguna teoría egocéntrica. Es y sigue siendo el camino de la vida, el camino de la libertad del pecado, el camino del retorno a Dios. La justicia y la misericordia la bondad y la comprensión, junto con un amor abundante, motivaron sus palabras y actos, y los pecadores encontraron salvación.

Cuesta dinero traer gente a la iglesia. En nuestra asociación calculamos que en 1951 cada alma que fué bautizada nos costó 1.070 dólares (equivalente a unos \$ 26.750 m/a). Esto significa que nuestros miembros son valiosos, y aun abordando el problema desde el punto de vista

del dinero solamente debiéramos trabajar para conservar el fruto de nuestras labores.

Es muy fácil perder de vista nuestro propósito, olvidar que la salvación de las almas es nuestra tarea, y pensar que los blancos son nuestro principal objetivo y que las normas de la iglesia son el tema de mayor importancia. No pongamos el carro delante del caballo. Nuestra tarea consiste en salvar almas, tanto dentro como fuera de la iglesia. Cortad el árbol, y las hojas se secarán.

CRISTO NO VINO A CONDENAR

En Juan 3:16 leemos: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." Sabemos de memoria este versículo maravilloso. Lo amamos. Lo creemos. Pero, ¿cuántos de nosotros hemos meditado un poco más que superficialmente en Juan 3:17: "Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para que condene al mundo, mas para que el mundo sea salvo por él"?

No vino a condenar. Al leer el libro de Juan encontramos que dice: "No penséis que yo os tengo de acusar." "No he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo." No fué acusador, juez ni condenador; en 1 Juan 2:6 leemos: "El que dice que está en él, debe andar como él anduvo."

Por lo tanto, nosotros tampoco debemos acusar, juzgar o condenar. El diablo es el que acusa, juzga y condena. Debemos mantener y sostener las normas de la iglesia, pero en la forma en que lo hizo Jesús, sin acusar, ni juzgar ni condenar.

Permítaseme presentar una ilustración. Aquí tenemos un hombre que desde su adolescencia ha fumado. Está saturado de tabaco, por decirlo así. Muchas veces su esposa descubre que sus ropas tienen olor a tabaco. Cada célula de su ser está inficionada debido a muchos años de vicio. Su cuerpo necesita nicotina. Como hombre adulto, o tal vez ya entrado en años, oye el mensaje adventista. Escucha noche tras noche mientras el pastor Ramírez, fundado en la Biblia, presenta la verdad de Dios. Se convence. Durante toda su vida ha estado pensando en ciertos temas religiosos que le han resultado oscuros, y ahora los comprende claramente. Ve lo que tiene que hacer. Se le dicen muchas cosas asombrosas. El tabaco, el licor, los alimentos inmundos, deben ser dejados de lado; con corazón decidido lo abandona todo por Cristo. Es sincero. Piensa que

los adventistas son gente maravillosa, y lo son. Se une a la iglesia. Su bautismo constituye un gran acontecimiento en su vida, porque está abandonando sus costumbres antiguas, sus hábitos antiguos, sus antiguas amistades, para unirse al pueblo y a la iglesia de Dios.

Y aquí aparece el diablo para atacarlo con más fuerza que nunca. Sus debilidades se convierten en los puntos especiales de ese ataque. Su confianza, sus hábitos antiguos, todo ello es sometido a presión creciente. ¿Con qué resultado?

No echamos la culpa a nadie. Todos estamos muy ocupados. Y después de todo la salvación es un asunto individual, o a lo menos así nos parece. Y así lucha nuestro hermano. El tabaco, su gran debilidad, es el arma que usa el enemigo para atacarlo, y un día lo encontramos fumando. Se esconde de nosotros, lo vemos, nos damos por informados. Y, ¿qué hacemos? Bien, lo más probable es que digamos lo que pensamos de un adventista que fuma. "Sabíamos que eso iba a suceder. El pastor Ramírez se apresuró mucho en bautizarlo. Se lo dijimos, y ya lo ve." Y así sucesivamente.

El hombre se siente caído. Ya está avergonzado por su debilidad. Se aborrece a sí mismo y lo que necesita es misericordia y amor. Necesita ayuda. No necesita acusaciones. No hay necesidad de hablarle sobre las normas de la iglesia. Necesita alguien con corazón comprensivo para fortalecer sus manos, para elevarlo, para señalarle al único que puede salvarlo tal como es. En momentos como esos el corazón herido necesita curación: no con reprimendas duras, sino con un amor que simpatice y olvide, y tenga un solo propósito: salvar. Permítame demostrar lo que quiero decir mediante una observación personal.

LA DIFERENCIA ESTRIBA EN EL AMOR DE LOS HERMANOS

Hace algunos años cierto obrero conocido mío llegó a ser pastor de una iglesia justamente cuando un evangelista estaba terminando una gran serie de reuniones en la cual más de 150 personas fueron bautizadas. Le cayó en suerte atender a unos cien de esos nuevos miembros. Eran buena gente: nuevos, frescos, de todas las edades. ¡Joyas! Entre ellos había un matrimonio procedente de otra iglesia. El, vendedor de muebles, se decidió alegremente. Su aceptación del mensaje fué plena y satisfactoria. Juntamente con su esposa se sentaba por lo común en el mismo sitio en la iglesia cada sábado.

Cierta sábado, cuando el pastor tomó su lugar en la plataforma, notó que ella estaba en su lugar, pero que el esposo faltaba. Después del servicio, al despedir a la gente, el pastor le preguntó a la señora:

—¿Dónde está su esposo?

—¡Oh, pastor!—dijo ella.—Está trabajando. Quisiera que lo fuera a ver.

—¡Trabajando! ¡Qué lástima! Claro que lo voy a ir a ver—dijo el pastor.

El sábado de tarde los visitó. Al bajar del coche miró hacia la casa y vió que el esposo estaba en el porche. El hermano entró a la casa, dió unas cuantas vueltas, miró al pastor, salió de nuevo, después dió unas vueltas más y por fin se decidió a darle la bienvenida. Era verano. Le preguntó al pastor si quería quedarse en el porche o entrar. Este prefirió quedarse en el porche. La esposa del hermano salió y todos se sentaron. Hablaron un rato de cosas comunes, pero el pastor podía darse cuenta de que el hermano estaba inquieto, esperando, al parecer, unas palabras de condenación por lo que había hecho.

Cuando llegó el momento oportuno el pastor dijo:

—Lo echamos de menos hoy por la mañana.

—Sí—dijo él,—no pude ir.

—¿Qué sucedió?—preguntó el pastor.

—Tuve que trabajar. El buey se cayó en el pozo—replicó.

—¡Cuánto lo siento!—dijo el pastor.—Vd. sabe, hermano, que lo echamos de menos cuando no va a la iglesia. Lo amamos, y Vd. sabe que Dios también lo echó de menos.

—Gracias, pastor—fué todo lo que pudo decir.

Hablaron un poco más, y entonces el pastor se fué. El domingo de noche el hermano estaba en la iglesia.

Pasaron unos cuantos sábados. De repente, el pastor notó cierto sábado que este hermano faltaba de nuevo. Al salir le preguntó a la señora:

—¿Dónde está su esposo?

—¡Oh, está trabajando de nuevo!—respondió ella en forma más bien decidida.

¿Qué podía hacer? El domingo de noche el hermano estaba en la iglesia. Después del servicio, al salir, el pastor lo saludó y le dijo:

—Lo echamos de menos ayer.

—Sí, no pude venir.

Y sin detenerse descendió las escaleras y se dirigió al patio que estaba frente a la iglesia.

Tan pronto como pudo el pastor fué hasta donde este hermano se encontraba junto a la verja de hierro, lo abrazó y le dijo:

—¿Qué le sucedió?

—¡Oh, tuve que trabajar! El buey cayó en el pozo de nuevo—contestó.

—¡Ah! ¿Sabe Vd. una cosa?—le dijo el pastor.

—No, ¿qué?—respondió él.

—Cuando eso ocurre, hay que hacer una de dos cosas: o llenar el pozo o vender el buey.

Esto le agradó, y allí estuvo un rato conversando amigablemente con el pastor. En un

momento dado, acercándolo más a sí, el pastor le dijo: "Recuerde que lo echamos de menos, y que lo amamos y que quisiéramos que nos acompañara todo el camino hasta el reino."

Asistía a esa iglesia, y aún concurre allí, un hermano con su esposa que vieron lo que les estaba ocurriendo a estos nuevos creyentes, y que se decidieron a hacerse amigos de ellos, a amarlos, a animarlos, a ser en una palabra compañeros de ellos, y cuidarlos espiritualmente. Se sentaron juntos en la iglesia, participaron juntos en reuniones sociales, a menudo se los encontraba juntos en lugares públicos y privados. Y tal clase de amor siempre da buenos resultados.

Pasaron las semanas, y cierto día el gerente de la mueblería le dijo a nuestro hermano:

—Tendrá que venir a trabajar el sábado. Fulano está enfermo, Zutano está de vacaciones, y alguien tiene que venir.

—Yo no puedo—fué la respuesta.

Escuche—dijo el gerente,—tiene que elegir entre su trabajo y su religión. Lo necesitamos aquí el sábado, y si no puede venir, tendremos que buscar a alguien que pueda. Piénselo y después me avisa.

—No necesito pensarlo—fué la respuesta.

—¿Entonces va a venir a trabajar el sábado?

—¡No! Debo obedecer a Dios. No puedo trabajar en sábado.

—¿Quiere decir que es capaz de perder su empleo antes de trabajar en sábado?

—Sí, señor, eso es lo que quiero decir.

—Bien, le doy una semana de preaviso—fué la respuesta.—Y nada más por hoy.

Era la hora del almuerzo. Nuestro hermano caminaba por la calle, y se encontró con el gerente de otra mueblería y le preguntó si necesitaba un vendedor. Le dijo que sí. Consiguió el puesto con mayor salario, con el sábado libre.

La pregunta que podemos formularnos ahora es la siguiente: "¿Dónde consiguió este hermano toda esta dosis de valor?" Algunos meses antes trabajaba cuando se le pedía. ¿Por qué no esta vez? *El amor de los hermanos* logró el cambio de actitud de este creyente. Cuando llegó la prueba, estribó en el amor de Dios y de sus hermanos, y obtuvo la victoria.

Más tarde este hermano, magnífico vendedor, abandonó su trabajo de vendedor de muebles, se convirtió en un colportor de éxito y en la actualidad es el ayudante del Departamento de Publicaciones de una de nuestras asociaciones. Me dijo hace unos meses que nunca olvidará la forma en que los hermanos le manifestaron su amor cuando más lo necesitaba. Los miembros de nuestras iglesias necesitan amor, y si nosotros amáramos como Cristo lo hizo, tendríamos menos apostasías.

¿No debíamos acaso recordar que únicamente la gracia de Dios puede librarnos de la apostasía? De nada tenemos que vanagloriarnos. Sólo Jesús puede darnos la fortaleza para que permanezcamos firmes frente a la tentación. No peseemos poder inherente para salvarnos.

Se dice que cierta vez Juan Wesley caminaba por una de las calles de cierta ciudad inglesa, cuando vió una multitud, y al acercarse y mirar por sobre el hombro de uno de los que se encontraban allí, vió a un beodo que yacía en el suelo. Allí quedó observando hasta que alguien lo miró y reconoció en él al gran evangelista.

—¡Pero, Sr. Wesley! ¿Es este infeliz un pariente suyo?—le preguntó el viandante al notar que corrían lágrimas por las mejillas de Wesley.

—No—respondió el evangelista.

—Entonces, ¿por qué está tan preocupado por él?

—Estaba pensando que ese infeliz podría ser Juan Wesley, a no mediar la gracia de Dios.

Y así es, mis amigos. Su gracia nos sostiene. Nosotros, pobres y débiles criaturas carnales, no tenemos nada de qué vanagloriarnos. No tenemos nada más que derrotas y pecado, y a no ser por el poder de Dios, no seríamos mejores que otros que han fracasado y están fracasando. ¡Oh, que tengamos más comprensión, más consideración, más tierno y sobrea-bundante amor para ayudar a nuestros hermanos y hermanas que luchan con el poder de las tinieblas y que caen! ¡Que Dios nos ayude para que mientras diezmamos el eneldo y el comino, no nos olvidemos del juicio, la misericordia y la fe!

LA CORRECTA ACTITUD CON RESPECTO A LAS NORMAS

Hay muchos que caen por falta de comprensión de ciertas cosas. Corderitos del rebaño—en el sentido de nuevos creyentes—fracasan porque no pueden vel el "porqué" de determinadas cosas que se prescriben. Las normas establecidas individualmente por algunos dirigentes, producen a menudo muchas dificultades, y en especial entre la juventud. Las tentaciones que asaltan a los jóvenes implican problemas que están más allá de la tolerancia de dirigentes que no sufren tales tentaciones.

Por ejemplo, hace algunas semanas llegó a mi oficina uno de nuestros jóvenes obreros, educado, bien intencionado, enérgico, y lleno del deseo de ganar almas. Al mirarlo vi que había crecido en su rostro lo que yo llamaría un bigote de cepillo de dientes.

—¿De dónde sacó eso?—le pregunté.

—Del lugar donde fui a pasar las vacaciones—fué su respuesta, comprendiendo lo que yo quería decir.

—¿Para qué?—fué mi pregunta.

Miró el suelo, me volvió a mirar, y entonces contestó:

—Y, para tener más linda apariencia, me parece.

—Tenga cuidado, entonces—respondí sonriendo,—cuando tenga que tratar con señoritas y señoras que usan algunos artificios para tener mejor apariencia. ¿Qué diferencia hay en ese caso entre usar bigote y hacerse la permanente o pintarse?

Por supuesto la gente hace infinidad de cosas para verse mejor. No exactamente para seguir al mundo, sino porque piensan que tales cosas mejoran su apariencia personal, los hacen más hermosos, más jóvenes o algo por el estilo. Recuerdo cuando usábamos barba: barbas largas, barbas cortas, patillas, bigotes. Los predicadores, los abogados, los médicos, los obreros, los albañiles, todo hombre, fuera grande o chico, importante o insignificante, usaba barba si podía. De pronto a alguien se le ocurrió cortársela. Se inventó la hojita de afeitar, y en la actualidad, media generación después, las barbas son extrañas, raras, y ridículas. ¿Por qué? Pues bien, sencillamente porque cambió la moda. Todos vemos a los hombres de la actualidad con la cara bien limpia y afeitada. En efecto, se lo requiere, y se lo requiere a pesar de que cierta vez en la historia del mundo era una desgracia cortarse la barba, y a pesar de que es evidente que Dios quería que el hombre la usara; porque si Dios no lo hubiera querido, ¿no le hubiera hecho la cara al hombre igual que a la mujer? Pues bien, los predicadores de la actualidad nos inclinamos ante la costumbre, el estilo y la forma moderna de vivir. ¿Por qué? Porque esto nada tiene que ver con nuestra salvación.

Hubo un tiempo en que los hombres usaban gargantillas, medias blancas, zapatos con enormes hebillas y sombreros con tres puntas. ¿Por qué? ¡Porque era la moda!

Hubo una época en que ni los predicadores usaban corbata. ¿Por qué? ¡La moda! ¡La moda! Pues bien, si la moda es importante, y puesto que todos estamos más o menos afectados por ella, ¿no sería prudente no hacer de una determinada moda un problema relativo a la salvación? Dejémoslos guiar por la norma de que nuestra “modestia sea conocida por todos los hombres.” Seamos modestos; pero lentos en condenar.

Desde el punto de vista femenino, el cabello largo, corto, crespo o lacio; los polvos faciales, las fajas, las polleras cortas, largas, plisadas, medianas; las mangas cortas y largas, los vestidos sin mangas, y así sucesivamente, son todos asuntos de estilo. Pero la modestia y la moderación debieran gobernar los ac-

tos de los hijos de Dios, recordando que son ciudadanos del reino celestial.

No es nuestra tarea condenar los actos ajenos. El juzgar no es cristiano. Y el acusar es tarea del diablo.

NUESTRA TAREA

¿Cuál es nuestra tarea? Nuestra tarea consiste en seguir a Jesús para vivir como él vivió. Evidentemente estaba tan ocupado impartiendo amor y ayuda a toda la gente, que no tenía mucho tiempo para preocuparse de los vestidos de los hombres, ni de lo que comían, y no he encontrado ninguna declaración que presente a Jesús ocupado en esto.

Encontramos una historia maravillosa en Juan 8: la historia de la mujer sorprendida en adulterio. Fué traída a Jesús por los predicadores de aquel tiempo.

—Maestro—dijeron.—hemos sorprendido a esta mujer en adulterio, en el acto mismo. Moisés, en la ley (podríamos decir nosotros, las normas de la iglesia), nos manda que debemos apedrearla. Pero, ¿qué nos dices tú?

El relato dice que él al principio nada replicó, sino que se inclinó y se puso a escribir en tierra con el dedo. Pero ellos siguieron preguntándole. Entonces se levantó y dijo:

—El que de vosotros esté sin pecado, arroje contra ella la piedra el primero.

Y se inclinó de nuevo y continuó escribiendo. No sabemos qué escribió, ni importa tampoco. El hecho es que estos hombres “redargüidos de la conciencia” se fueron, y ni uno lanzó la piedra de la condenación.

El relato dice que al levantarse, Jesús no vió a nadie sino a la mujer y le dijo: “¿Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?” Y ella dijo: “Señor, ninguno.” Y Jesús le dijo: “Ni yo te condeno: vete, y no peques más.”

¡Qué maravilloso Jesús! No vino a este mundo a condenar a nadie; no, ni a la mujer sorprendida en adulterio. No era una prostituta. Era la madre de algún chico, tal vez descarriada por algún marido insensato, sorprendida en el mismo acto de adulterio. Un caso extraño, ¿no es cierto? Y aunque no se puso en tela de juicio la acusación ni se la negó, y aunque sin duda era cierta, el rey de gloria, nuestro Señor, nuestro Salvador, dijo: “Ni yo te condeno: vete y no peques más.”

¡Oh, si nosotros fuéramos como él en la actualidad! Su única preocupación era salvar. Y nuestro propósito es su propósito, el mismo que él tuvo al venir aquí. ¿No recordaremos que “el que de vosotros esté sin pecado, arroje contra ella la piedra el primero”? ¿No trataremos, por la gracia de Dios, de levantar al caído, socorrer al débil, sostener al desfalleciente, y dar valor al desanimado? Puesto que nuestro propósito es el del Maestro, ¿no lo haremos en la forma en que el Maestro lo

hizo? Nuestros hermanos y hermanas sufren terribles tentaciones, y muchas veces sufren más pruebas de lo que aparentemente son capaces de soportar. ¿No los animaremos, y si caen, no seremos comprensivos, y en lugar de acusarlos o condenarlos no trataremos de amarlos y manifestarles misericordia y de ayudarles a ganar la victoria? Muchos se apartan por nuestra rudeza, por nuestro prurito de mantener las normas. Las normas son buenas: las necesitamos muchísimo, pero tenemos algo mucho más grande que hacer que sólo mantener las normas. Nuestro verdadero deber es salvar las almas. Hagámoslo sin acusar, juzgar ni condenar. Seamos honrados con nosotros mismos y nuestros semejantes. El método de Jesús es el método cristiano. El ayudó a las almas caídas porque las amaba.

Un no adventista me dijo hace algunos años:

—Pastor, Vds. los adventistas son gente rara.

—¿Qué quiere decir?—le pregunté.

—Bien—replicó,—son capaces de remover el cielo y la tierra para hacer un converso. Son capaces de amarlos, orar por ellos, darles estudios bíblicos en sus hogares, llevarlos a las reuniones, hacer todo lo posible para que vengan a la iglesia; y después que están allí, ¡los tratan como el demonio!

Me sentí sorprendido y después empecé a pensar. ¿Es así? ¿Estamos realmente haciendo eso? ¿Tratamos a nuestros miembros de esa manera? ¡No! No puedo estar de acuerdo con eso. Nuestro pueblo es un pueblo maravilloso. En todo el mundo nos amamos y nos apoyamos mutuamente; y, no obstante, puede haber algo de verdad en lo que esa persona me dijo.

Quiera Dios ayudarnos como pastores y miembros laicos de las iglesias de todo el mundo a emplear el método de Jesús; a amar como él amó; a vivir sin egoísmo, siempre conscientes de que estamos aquí actualmente no sólo para buscar y salvar a los perdidos, sino para rescatar a los que se han apartado y comprender y ayudar a los tentados y al hermano y la hermana que están fuera del redil.

Los efectos de la oración . . .

(Viene de la página 16)

dejar salir nunca del hospital a un paciente sin tener con él por lo menos una oración; y con muchos pacientes las oraciones han sido numerosas. La mayor dificultad consiste en animarse a preguntarle al paciente si quisiera que se orara unos momentos pidiendo a Dios que lo bendiga y lo sane. Una vez que la pregunta ha sido formulada, el resto es sencillo, porque el paciente casi siempre responderá: "Sí, por

favor." A veces resulta facilitada la tarea cuando el paciente dice: "¿Quisiera orar por mí, doctor?" Por más ocupado que esté, nunca deje de lado esa oportunidad, porque no tomará más que treinta segundos y producirá más beneficios que el frasco de medicina o la inyección.

Antes de llegar al Canadá, yo sabía que el Señor quería que estuviera justamente donde me encuentro ahora, por la forma en que respondió a mis oraciones, cuando abrió el camino para que yo pudiera comprar y reconstruir el edificio en que está instalado actualmente mi consultorio, y al brindarme oportunidades para poder servir al vecindario. Aunque mi estada en el hermoso valle Okanagan ha sido corta, ya he podido ver los resultados de las oraciones que he ofrecido por mis pacientes.

Que su consultorio amigo médico, sea la puerta al trono de la gracia, y que desde allí imparta esa poderosa medicina que se llama la oración.

"CRISTO es el mismo médico compasivo como cuando desempeñaba su ministerio terrenal. En él hay bálsamo curativo para toda enfermedad, poder restaurador para toda dolencia. Sus discípulos de hoy día deben rogar por los enfermos con tanto empeño como los discípulos de antaño. Y se realizarán curaciones; pues 'la oración de fe salvará al enfermo.' Tenemos el poder del Espíritu Santo y la tranquila seguridad de la fe que pueden reclamar a Dios sus promesas. La promesa del Señor: 'Sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.' es tan digna de ser creída hoy como en días de los apóstoles. Ella presenta el privilegio de los hijos de Dios, y nuestra fe debe aferrarse de todo lo que ella envuelve. Los siervos de Cristo son canales de su virtud, y por medio de ellos quiere ejercitar su poder sanador. Tarea nuestra es llevar a Dios en brazos de la fe a los enfermos y dolientes. Deberíamos enseñarles a creer en el gran Médico.

"El Salvador quiere que alentemos a los enfermos a los desesperados, y a los afligidos para que confíen firmemente en su fuerza. Mediante la oración y la fe la estancia del enfermo puede convertirse en un Betel. Por palabras y obras los médicos y los enfermos pueden decir, tan claramente que no haya lugar a falsa interpretación: 'Jehová está en este lugar' para salvar y no para destruir. Cristo desea manifestar su presencia en el cuarto del enfermo, llenando los corazones de médicos y enfermeros con la dulzura de su amor. . . . Si vivimos conforme a su palabra se nos cumplirán todas las promesas que ha hecho."—*"El Ministerio de Curación,"* págs. 213, 214.

CURSO MINISTERIAL DE LECTURA PARA 1955

"El Conflicto de los Siglos"

Por ELENA G. DE WHITE

Pacific Press Publishing Ass'n
737 páginas.

Esta obra, aunque conocida por la mayoría de los obreros, ha sido incluida en el Curso Ministerial de Lectura para el año 1955, porque el mensaje que encierra adquiere mayor relieve cada día que pasa y a medida que nos acercamos a las horas postreras de la historia del pecado. Refrescar mediante su lectura las escenas portentosas del nacimiento, las luchas y los triunfos de la Iglesia de Jesucristo, serán algunas de las satisfacciones que nos reportará su lectura, amén de la ayuda inapreciable que nos significará en nuestro ministerio.

"Ur de los Caldeos"

Por LEONARD WOOLLEY

Fondo de Cultura Económica
142 páginas.

16 grabados en papel ilustración.
1 mapa.

"Mi propósito en este libro—dice el Sr. Leonard Woolley en su prefacio—ha sido describir, en un estilo al alcance de todos, la obra que ha realizado en Ur [la ciudad de Abrahán] la Expedición Conjunta del Museo Británico y del Museo de la Universidad de Pennsylvania durante los siete últimos años. Los resultados de las excavaciones han despertado interés general y fueron repetidas las peticiones de diversas procedencias que me impulsaron a llevar a cabo este trabajo." Basta este comentario para convencernos de que esta obra contiene información valiosísima acerca de la ciudad del padre de los fieles.

"Consejos sobre la Obra de la Escuela Sabática"

Por ELENA G. DE WHITE

Casa Editora Sudamericana
208 páginas.

Es un compendio, recién publicado en castellano, de todo lo que la Hna. White escribió acerca de la obra de las escuelas sabáticas. Algunas de sus secciones son: La importancia y el propósito de la obra de la escuela sabática, Una escuela para el estudio de la Biblia, Un instrumento ganador de almas, El maestro y su obra, La recolección semanal de las ofrendas misioneras, Principios guías en la administración. Está demás recalcar la importancia y el valor que este libro tiene para el predicador adventista.

"Historia del Cristianismo," tomos 1 y 2

Por H. H. MUIRHEAD

Casa Bautista de Publicaciones
639 páginas.

Estos dos magníficos tomos abarcan la historia de la iglesia desde su fundación por Jesucristo hasta la Contra-Reforma. Sin entrar en detalles cansadores, el autor conduce al lector paso a paso a través del desarrollo de la iglesia en los primeros siglos, de la apostasía posterior, de sus luchas cruentas durante la larga noche de la Edad Media, hasta el alborar de la Reforma que, poniendo al día las Escrituras como el fundamento de la fe, hizo rayar el día luminoso de la salvación por la fe y la gracia. Los obreros adventistas encontrarán en esta obra un cúmulo de información—que no por ser sucinta será menos valiosa—que les significará una ayuda inestimable en sus labores en la Viña del Señor.

Consulte los precios en la Soc. de Publicaciones de su campo

Todos los obreros que se inscriban en este curso recibirán un descuento del 50 % sobre el valor de los libros, que será abonado por la organización empleadora.

Envíe **hoy mismo** su **inscripción** a la Asociación Ministerial de la División Sudamericana,
Casilla 286, Montevideo, Uruguay.